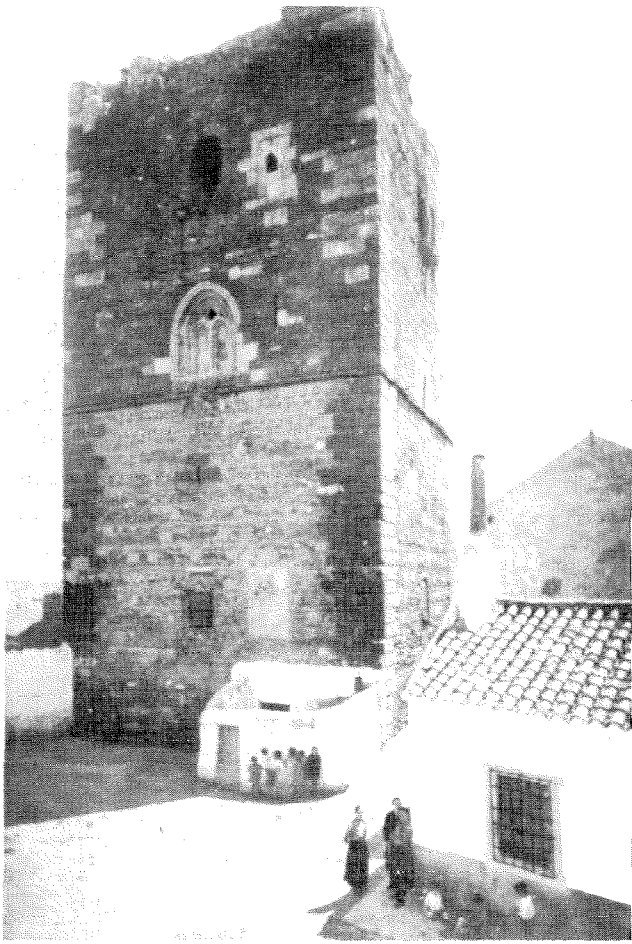




LIBRO 55



NOCTURNO LUMINOSO

El torreón iluminado, remozado y bellamente captado por el objetivo magistral de Arístides que con su arte enaltece la obra alcazareña.

Todo en esta vista es perfecto, insuperable. Sólo le falta lo que no puede dar el hombre, el envejecimiento, la maceración del tiempo que sienta la obra y da a la portada de nuestro libro primero su gran temple y el carácter evocador de su valer histórico.

Son notables y altamente significativos los nombres de las construcciones intercaladas en la muralla de la antigua fortaleza con el nombre de torres y otros muy similares como este del Torreón que se adjudica a don Juan de Austria por su prisión en la fortaleza. La Torre del Cid, que *échate rango, ya desaparecida* pero indudable como por su alcurniosa motivación se vislumbra.

La Torrecilla, conocida y desaparecida hace poco a pesar de estar en las manos de Heliodoro Sánchez que tenía el orgullo muy legítimo de su genealogía cervantina. El cubillo que perdura. La torre del cementerio de San Juan, apenas demolida, como la torre convertida en Ayuntamiento y sus tres agregados para darle capacidad de albergue.

Crucé tantas veces los Sitios despoblados para ir a la Torrecilla de la mano de mi madre a ver a su padre, que no resisto la tentación de dejar a los venideros la estampa comparativa de aquel Torreón con el de ahora restaurado.

No hay que extrañar los cambios porque hace falta mucho gusto, muchas entendederas y no escaso caudal de amor alcazareño para conservar al viejo Torreón su aspecto decrepito, sus escalones de piedra nativa desgastados por el continuo pisar del ciego, de tanto entrar y salir, la corraliza de las cáscaras y mondaduras del gorrino de San Antón y esas mujeres y sus criaturas, que son eternas y tan naturales como las lonchas de caliza del subsuelo que las soporta, como hitas del terreno desenterradas por el tiempo y los elementos naturales actuando en la poca hoz que forma la calle para ir a parar a la veguilla de Palacio.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca.

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Vendimia 1985

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo LV

INDICE

Portada
Torreón de Santa María
Contraportada Primera
Nocturno luminoso
Contraportada Segunda
Imágenes veraces
Página 1
El 55
Página 2
Genio y figura
Página 3
Acumulación y archivo
Página 14
Chasco médico
Página 15
Rememoraciones estacionistas
Página 20
Plaza de Toros
Página 21
Voltaire
Página 22
Reverencia
Página 23
Cuántos trabajos
Página 24
Cartas a don Rafael
Página 29
El Obelisco de Cervantes
Página 30
Qué baraja
Página 33
El bastón del médico
Página 34
Retornos
Página 36
La Escuela de Palacio
Página 37
Para que recuerde a una paisana
A quien admiro y respeto
Página 38
Colegios inolvidables
Página 39
Bodega de La Espada
Página 40
Oportunidad

EL 55

Divide por la mitad la decena de los 50 y se parte ya hacia el 60 para satisfacer los deseos de aquella que vino a decir que los estaba encuadernando y que no se la debía dejar plantada, ni a ella ni a las que como ella se comportaban.

Aventuradillo resulta siempre echar cuentas con el porvenir, pero también dicen que el que no se embarca no pasa la mar. ¿Qué hubiera sido de Colón achicado?.

Tomemos la carabela y enfilemos la inmensa y rebrillante balsa del puerto de Palos, que más allá está la tierra de promisión. Y a la vuelta lo venden tinto.

Genio y Figura

Hallarse ante cualquiera de nuestros gañanes de nombradía, es una satisfacción y una alegría que enorgullece. Y eso pasa en este caso con Venancio el Jarillo, que está de vendimia y acaba de descargar en la bodega de Paco Paniagua, su cuñado, pues era hermano de aquella santa mujer que fue la María, digna compañera de la tía Vicenta de Quinica, noble y buena donde las haya.

Pero ser gañán no es saber arar solamente, aunque esto sea primordial, o cargar el carro, la fama le viene del trabajo y de todos los detalles de su vida y aquí está Venancio con una yunta de primera pero sin vanidades, no como aquella rumbosa de la Ciriaca que le cantaban.



“La yunta de la Ciriaca,
esa de los cabezones,
que no ha podido subir,
la cuesta los Marotones.”

La yunta de Venancio no lleva cabezones pero si buenos atalages, el carro suficiente y las seras en cucurucho encima de la zaga una vez descargadas. Sin lujos es una yunta bien preparada para el trabajo que representa al amo.

Venancio que tiene el carro mirando a la calle, coje del diestro a la mula delantera para engancharla en las varas y salir arreando sin el menor entorpecimiento en nada, ni que le falte un detalle muy propio del oficio y de la vendimia: llevar el moquero entre la faja, la mitad dentro y la mitad fuera para tirar de él cuando hace falta sin llegar a la ropa con las manos sucias.

Pero para que veamos las cosas. Cuando vió que el chico lo iba a retratar se estiró mirando a la criatura que sería Hermelindo. Y eso que no podía suponer que con esas trazas iba a pasar a la historia de Alcázar, enalteciéndola.

Acumulación y Archivo

Como las aguas subterráneas de Alcázar continuarán su larga y preocupante historia, conviene dejar en estos libros, por más seguros, los trabajos que por alguna circunstancia aparezcan en publicaciones de menor estabilidad, porque ahora se está dando el caso o al menos a mí me lo parece, de que la opinión se conduce como si todo lo que aprecia fueran cosas nuevas de las que no se tiene ni el menor recuerdo, cuando los fenómenos de mayor peligro han transcurrido en época contemporánea y a la vista de las generaciones más recientes. El asombro con que se observan los torrentes de agua en la estación o en cualquier obra que se trata de cimentar, así lo acreditan y lo mismo las explicaciones que se dan de los fenómenos más habituales.

Al Ayuntamiento podrán ir unas personas u otras, mejor o peor formadas, con una información u otra, pero el Ayuntamiento en sí no puede mostrarse sorprendido ni tener en el olvido completo cualquier problema fundamental de la vida alcazareña, y el de las aguas es primordial para autorizar cualquier obra y mucho más para trazar orientaciones urbanísticas como la de los Sitios o la de la estación misma o del río Mina de que ahora se habla a ciegas.

Pasemos pues a estas páginas los dos artículos del FERRROCARIL de Junio anterior y el que aparecerá en el número próximo. A ello nos obliga la lentitud desproporcionada con que se publica este periódico.

LAS CUEVAS DE LA PLAZA

No las conozco pero me llega el eco del ruido que hacen sus visitantes y parece ser uno de los diferentes fenómenos producidos por el agua en nuestro suelo, percibido y dicho por Benito el curandero tiempo ha, sin que nadie le hiciera caso, cosa muy alcazareña y general, aparte de lo de Benito, pero hay que tener en cuenta que Benito pertenecía a las familias de poceros que vinieron de Linares a hacer el alcantarillado y puede que no todo fueran gitanerías en sus manifestaciones, sino que hubiera algo de observación directa, pues a ellos corresponde también el descubrimiento de los mosaicos romanos y ahora se podía tomar pie en esta circunstancia para aclarar de una vez lo de las otras grandes cuevas y largas galerías de que se viene hablando durante siglos como existentes desde Santa María hasta puntos muy remotos pero indeterminados. Hay quien dice que hasta los cerros y para ese caso, no hay que perder de vista que en ese trayecto está intercalada la Mina, verdadero río hasta por su cauce en todo lo que va desde los frailes y causante de las mayores corrientes y acumulaciones de agua en nuestro suelo a través del tiempo.

Y no hay que olvidar que el agua o dígase la "naturaleza", arregla o lo desarregla todo, aunque sin prisa, tomándose el tiempo que le haga falta, cosa que le pasa hasta con las enfermedades o accidentes y las corrientes de la sangre, pues es asombroso seguir las alteraciones anatómicas y los procesos de cicatrización hasta el final y apreciar los cambios que va realizando según las necesidades de los funcionamientos.

Benito llamaba a las cuevas de la plaza y a las aguas de su demarcación, cuevas de San Juan, que no está mal pensado ya que todo lo de por aquí lleva el distintivo de San Juan, empezando por los pueblos mismos. Y cuevas y corrientes de esta clase las hay en todos ellos incluso en el campo reseco como pasa en el cerro Mesao donde se han hundido las yuntas hasta la panza alguna vez, como le pasó a Porfirio Rojano, el de la Santiaga la Peluza, cuando estaba con Cándido el Pití y llevó un susto que casi le pasa algo, pues aquel sitio está bien minado por el río y hasta mucha distancia de la corriente por el cerro de las Cabezuelas.

Respecto de lo que pueda haber sido el suelo de Alcázar, antes y después del alcantarillado, todo el mundo puede dar razón de ello, porque todo el mundo lo ha tenido delante de sus ojos, y todo el mundo ha presenciado las manipulaciones artificiales que cambiaron el aspecto de las calles y de las plazas, picando la piedra nativa para echar tierra y empedrar con cantos igualando el piso.

Esto es común en el pueblo y todos los altos están constituidos de la misma manera, el Santo, el Altillo, la Cruz Verde, etc., con piedra arenisca sólida o lentejones de caliza y las depresiones de la roca rellenas de arcilla. Concretamente la zona de las cuevas es toda una roca y va desde la plaza al Altozano y puede que esta piedra sea la razón de que la fortaleza estuviera en el cerrete de Santa María, pues siempre las instalaban lógicamente, en los puntos de mayores dificultades de acceso, pero la piedra de la plaza forma un manto que se extiende por todo Santo Domingo, plaza de Cervantes, Torrecilla, plazas de la Bolsa y de la Justa, alterones y Altozano, etc. En todas estas zonas y ampliándolas lo que se quiera, ha estado la piedra descubierta hasta hace pocos años y basta recordar donde se ponía el gentío para ver las máscaras y reirse con Ulpiano, más que en la piedra, cuando el Altozano era un barrizal. Y todas las obras que se han hecho han sido picando en la piedra y con el mismo resultado.

La última importante que recuerdo fue la cueva y casa de Eduardo el Pití, en el Altozano esquina a San Francisco, cuyos poyos de entrada están diciendo lo que elevaron el piso, pero lo de la cueva fue una obra importante, escavada en la piedra que llamó mucho la atención y la vi hacer del principio al fin porque iba todas las mañanas a la puerta de más allá cuando él vivía en el pozo Coronado en la casa del tío Antonio, su padre, viudo de una hermana de mi abuelo. Pues bien, esta alhaja de cueva fue de las primeras que se llena-

ron de agua y hubo que lodarla antes de hacer el alcantarillado y me figuro que seguirá bien rellena hasta el techo, lo que significa que la piedra arenisca y de una pieza no ha impedido ni siquiera limitado la acción de las aguas que no surgen de ninguno de esos puntos sino que bajan de donde las hay.

La gente en general culpó a las aguas potables de la situación creada en el pueblo y tenían razón en el sentido de que al no usar el agua de los pozos aumentaba el caudal subterráneo y se inundaba todo, porque el agua no tiene más que dos soluciones, o se consume o se la deja correr. Por sí sola sigue aumentando el caudal y te ahoga y lo estropea todo, ese es el problema.

Entonces se pensó en evacuarla y se hizo el alcantarillado con un resultado ambiguo y parcial que se ha ido disimulando perezosamente, aceptando la existencia de la Veguilla vertedero, porque debió completarse con el consumo o la destrucción de las basuras además de echar el agua fuera del pueblo y ahí está la cuestión y el problema urbano de los Sitios del que tanto he hablado, aunque ahora haya empezado por el mercado que es una de las obras más recientes pero encajada precisamente en el punto de choque que desvía las aguas hacia la Veguilla por el arroyo de la Montijana vieja, donde renegaba Nanaeque y que ahora está modernizado, lo que quiere decir semi-inutilizado, porque aquello era verdadero río, más que arroyo, mayor que la Mina del rincón de los frailes para allá.

Como esto no se va a arreglar, debe constar claramente y el vecindario que ya ha cosechado bastante experiencia, que se vaya acomodando a la dificultad sin voces y sin agravarla.

¿Que por qué no se va a arreglar?

Pues porque habría que trasladar la estación y canalizar las aguas sumergidas de los Anchos, del cerro Gordo, de la sierra de Criptana y de nuestros propios cerros hasta el Gigüela y puede que resultara más conveniente y barato sacar el pueblo de donde lo han metido y llevárselo al origen de las corrientes.

La estación misma, que lleva más de un siglo luchando inútilmente con la misma dificultad y con un gasto incalculable, resultaría favorecida, pero a saber lo que diría el cálculo infinitesimal.

El no haber ninguna previsión tomada, que se sepa, significa la poca importancia que le dieron a las Santanillas y a la Mina que era su desagüe principal, pero el tiempo ha demostrado como mejor testigo, la poca confianza que se puede tener en esa ligereza de apreciación y que el agua, mucha o poca pero firme, es un adversario permanente e invencible. Pensarían tal vez, que aquel riachuelo que se originaba en tan insignificante manantial, seco apenas nacido, tenía bastante con un alboyón para pasar sobre él, pero el error fue tan notable que ahí está el problema hace siglo y medio ya, poniendo a prueba la pericia de todos los técnicos que han querido resolverlo como si se tratara del mar.

Tal vez no se lo han planteado con claridad porque el caso es el de todas las aguas de La Mancha, incluido el Guadiana. Este se origina en el riachuelo Pinilla, del campo de Montiel que se seca apenas nacido, pero el Guadiana sigue, vienen las lagunas de Ruidera, vienen los ojos del Guadiana y viene el ser el río principal de la baja Extremadura. De nuestro campo surgen las Santanillas que dejan de verse. De ellas la Mina que se seca, pero sus aguas se dispersan y tienen invadido todo el pueblo y todo el término inagotablemente, sin más treguas que las de las épocas de sequía, desgraciadamente largas, que hacen pensar a los poco observadores que ya se pueden tapar todos los desagües, en lugar de conservarlos y llevar las aguas a los predios de producción. ¿Que no son seguras?, cierto, pero hay que estar preparados para cuando llegue el agua, porque cuando anda aire es cuando se muele y no se deben quitar las velas y arrinconar las lonas porque se amague el aire como si ya no se fueran a necesitar.

* * *

NOTICIAS FRESCAS

Me llegan dos al mismo tiempo, la de que el mercado amenaza ruina y que es debido al alcantarillado.

La primera es segura a pesar de las muchas veces que se ha advertido, no especialmente del mercado si no de todos los Sitios y de casi todo el pueblo, incluso de la estación, efecto retrasado por lo poco que ha llovido en bastantes años, pero que era seguro y había que esperarlo.

En cuanto a que sea la causa el alcantarillado no parece probable porque se hizo precisamente para corregir la falta que es muy anterior y hubo momentos de mantener en alarma continua a toda la vecindad, pero con todo sería un detalle importante para evitar gastos inútiles, registrar todas las cuevas de la parte baja del pueblo, si es que quedó alguna sin lodar, pero principalmente las de la calle de San Francisco y todas sus adyacentes y los Sitios por completo, aunque no haya cuevas porque los dueños previsoramente no las hayan construido, aunque me han dicho que en el caserón levantado en la bodega de los peones hay una bomba no pequeña, sacando agua continuamente, como en la estación.

Y repito una vez más que cuando se hicieron las casas del campo del fútbol se me quejaban las mujeres que vivían en la tercera planta, de que se les ponían mohosos los zapatos y otras prendas como los colchones de muelles, que ya hace años y este fenómeno de capilaridad fue inmediato.

De la estación, ahora mismo se puede ver que sin haber terminado la enésima reparación, aunque esta tenga caracteres de obra nueva, pero de resultados viejos y bien viejos y el motor del armario sin dejar de sacar agua.

Y yo puedo decir que vivo en una de las casas situadas a mayor altura del pueblo y conociendo el percal, Antonio Montealegre me hizo un sotanillo

que es un verdadero vaso de cemento y que se me llena de agua cuando quiere, cosa que les pasa a otros vecinos también.

Por eso, entre otros motivos nada desdeñables, hay que considerar como grave el error de haber favorecido la expansión del pueblo hacia los desagües, a pesar de las advertencias. Y encima haberse opuesto a las corrientes obstruyéndolas. Y otra falta no pequeña fue autorizar los rompimientos del emisario del alcantarillado para regar con las aguas residuales las tierras lindantes y anularlo con una obstrucción total de materias sólidas resacas que lo taponaban.

Hace dos o tres números de este periódico y con motivo de la fiesta de los toros, aludía a la plaza considerándola afecta del mismo mal de todo su barrio, a pesar del importante saneamiento que se hizo del terreno antes de construirla, que costó más que la plaza, pues se invirtió en él todo lo que recaudó la sociedad de entusiastas que se constituyó (1) y que no pudo continuar, que fue un ejemplo del que nadie sacó consecuencias previsoras, pues a partir de entonces es cuando se ha construido más deprisa y hasta el mismo mercado, en el que parece que va a surgir el manantial del manto acuífero contenido hasta ahora y dominado en las perforaciones hechas para construir, aunque no sin fatigas. Convendrá pues hacer una inspección general antes de sentar conclusiones y decidir remedios insuficientes o inadecuados que agraven el problema como en la estación que no hay quien ataje el agua y se empeora con los remiendos. Y hay que temblar ante el posible "arreglo" de la Mina del que se habla, porque flor que tocan se deshoja.

Lo más probable es que todo venga de las Santanillas y de oponerse a las corrientes como solución a lo que suceda de momento en cualquier punto del trayecto, inútilmente porque son corrientes naturales que las aguas mismas se trazaron.

La importancia del problema está no en el mercado ni en la plaza de toros o en la estación, sino en el pueblo todo que ha vivido a contrapelo de su conveniencia y de espaldas a su fenómeno geológico y quitó las huertas a tontas y a locas en lugar de consumir el agua en ellas como hicieron los antiguos y ahora se sigue, además, arrancando las viñas que enriquecieron La Mancha en lugar de perfeccionar los cultivos y revalorizar el vino y ya veremos cuando encuentran otra planta que se amolde a nuestra tierra como la viña.

(1) Primitivo Baquero, Gregorio Moraleta, don Alfonso Grande, don Román Olivares, don José Belmonte, los comerciantes y casinistas, el Juez y los Escribanos, Notarios y Registradores y cuantas personas se entusiasman con la fiesta y echan a correr detrás de la jardinera que lleva a los toreros y de los campanillos de las colleras que bailan y suenan al trote de los caballos.

Fue equívocado oponerse a las corrientes en lugar de canalizarlas y dejarlas de correr por la superficie donde todos viéramos lo que pasa y remediáramos cada uno su parte.

Las Santanillas o Fontanillas, como los ojos del Guadiana o la cueva de Montesinos son manantiales debidos a fracturas o hundimientos del terreno, en Alcázar por disolución de los yesos de los Anchos, donde se sumerge el agua de éstos, del cerro testigo llamado cerro Gordo y de la serrezuela del Campo de Criptana, generadores del manto acuífero donde se asienta Alcázar que se sostiene y sobrenada gracias a la inclinación del terreno.

Y todo lo que pasa de siempre en Alcázar con las aguas viene de ahí, como se origina la Mina, cuyo solo nombre basta y sobra para comprender que la tal Mina no era exclusivamente de agua, como lo sigue siendo aunque ahora no corra por las sequías, pero hace falta el canal porque el agua sale por debajo de la estación, cruza el paseo, las Bilbainas y la carretera de Criptana y va a juntarse con la alcantarilla de la vía que procede también de las vertientes campesinas. El personal, acostumbrado a deformar las palabras, ante la corriente abundante e inagotable, dijo que aquello era una mina, como lo dice en otros muchos casos, y lo era aunque de agua en su continuo manar, que vale tanto como cualquier metal líquido.

En la guerra hubo por estos contornos, sin que yo llegara a saber fijamente donde, otra mina que sonó mucho por utilizarla para arrojar a ella cadáveres, dicho sea como prueba de la corrupción que se hace del lenguaje, muchas veces aplicado a cuevas o hundimientos naturales del terreno más o menos parecidos a los que dejan las minas explotadas de cualquier mineral.

Como lo de aquí era agua, en tiempos muy anteriores a instalarse la estación, debió correr tanta que la erosión dejó descubierta la roca viva desde las Santanillas a la Cruz Verde. Y no sólo eso sino que labró en la piedra multitud de cavidades a las que la gente dió el nombre de pilancones de los que se servían para lavar las ropas, pilancones que todos hemos conocido comprendiendo una gran extensión y que están ahí tapados por la tierra aunque hayan desaparecido los manantiales y su efecto erosivo, por lo que no se ven las Santanillas ni los Pilancones aunque algunos quedan descubiertos en las huertas que se conservan venturosamente.

Una gran parte del pueblo de Alcázar está construido sobre esa misma piedra arenisca de los pilancones y todavía, a pesar de los esfuerzos tontos que ha realizado el Ayuntamiento para ocultarlo al mismo tiempo que el agua, es claramente manifiesto en muchos puntos de la población y gracias a eso el cuarto del peso, el Juzgado de Paz y otras muchas dependencias, se conservaron intactas toda su vida y en la plaza misma no tuvo nadie que lamentarse de ningún percance como este de ahora que sepa Dios por donde le venga la hebra de su construcción, de su uso y de su conservación.

AL AGUA PATOS

Como el problema de las aguas de Alcázar tendrá vigencia siempre, salvo el caso de que un cataclismo improbable cambiara la estructura de una gran extensión de terreno, conviene que quede en estos libros lo esencial de lo que se diga ahora como continuación de situaciones anteriores para que sirva de referencia a los futuros, en contraste con la observación de la realidad en cada momento.

No es poca suerte la de haber asistido a la repoblación de la zona pantanosa de Alcázar y haber visto a los primeros pobladores de bullir desde el principio, conociéndolos y viéndolos de entrar a campo raso: el tío Angellido, Malaco, la Picotera, los Repretados, Candelos y la Venancia, la Caguina, la tía Artillera, los Canteros, la Lázara de los de la luz, Manuel el cabrero, Lizano, tan dicharachero, Cristóbal Cenjor con su alcoholera y Ricardo López con su Montijana primitiva, el corral de Cañizares que aunque era bodega nadie se lo dijo nunca, lo contrario que le pasaba al tuerto el Jabonero, y mil más, la Renga, la Pocha, el tío Pajón, desdentado que se apostaba a comer castañas pilongas con otros de su igual, etc., etc.

Se enlaza y engrandece este momento con el ensanche de todo el cinturón de la villa, hasta los cementerios, ya publicados, pero concretamente a los Sitios todavía les humean las cenizas y no es por mi voluntad si alguna de aquellas personas está por mencionar para que conste su presencia y aportación aunque fuera con la reserva de lo que puede apreciarse después.

Ni era la diferencia tanta entre esto y los aguadizos de Villarta y de Arenas teniendo mucha más agua, porque había que pensar en las salitrerías llenas de agua para ir soltando salitre y la fábrica funcionando y en que por algo se pondrían aquí y no allí.

¡Qué gran cosa haber visto todos los puntos de expansión del pueblo en plena evolución y poder hablar de ellos a los mil años!

Las salitrerías que existieron, sus propietarios y calderas que cada uno poseía, están citadas en las páginas de estos libros y no pequeña parte de su repoblación, pero se ha excedido tanto la construcción en este sector que no le vendrá mal seguir incorporándole elementos.

Es curioso que cada punto de expansión fuera escogido y desarrollado por un equipo de albañiles y casi siempre empezando por vivir ellos en el barrio, y en los Sitios fueron con mucho los hermanos Beamud los preferentes sin vivir allí, pero estando cerca y extendiendo su maniobra desde lo poblado a lo despoblado, desde la Corredera a los Sitios y desde éstos a todo el contorno.

Los nuevos vecinos procedieron como los albañiles, de las inmediaciones y parecía que ellos mismos se habían trazado los límites de su actuación. Por ejemplo, recuerdo que el tío Pellas hizo sus casas de la calle de la Luna y como una de las últimas la de Faruso en la calle Madrid esquina a la de la Libertad de ahora que cuando se fueron a ella los de las Mudillas, la Cándida la Cacha y Luis Parra, tan amigos míos todos, no se llamaría así, pues ese

nombre es de la Guerra sin duda alguna. Pues bien, la casa de Faruso estaba frente a la nueva de Rochano a la que se subió desde la Corredera donde había nacido, pegando a la Montijana, que para el caso eran las afueras de dos barrios distintos.

Está el Arenal a un paso y por todo aquello muchos familiares del tío Pellas, incluso hijos, como la Ruperta de Bartolo el Cuco y Manuel el de la Monda, con el horno, pero Pellas no iba por allí como si tuviera una barrera en la entrada del Altillo, esa barrera que se les pone a los viejos por tantas cosas.

Los Lucas se colocaron en este barrio de la estación y todo fue para ellos, como Cañamón hacia la Mina y el Rulo hacia el cerro y la puerta Cervera, todo el mediodía del pueblo.

Es sorprendente que entre tantos albañiles y tanto casino donde se habla sin parar, no se previera el problema de los Sitios y hayan dado lugar a una aglomeración tan espantosa.

Y gente lista.

Recuerdo a Francisco Marchante, el padre de Cirilo, el de las maderas que lo veo de ir y venir cuando hizo su preciosa casa de la carretera en pleno barranco, porque él tenía el almacén en la calle de la Tahona, como Fulgencio Barco tenía la fragua, que es otro de los que se fueron allí buscando anchuras, creo yo, porque otra cosa no podía ser.

Todos los placeros empezaron a mirar con simpatía aquel descampado y los más picaron confiados en el cemento llamado por entonces Portland, creo que confundiendo el producto con una marca comercial.

Cuando en la época de Estrella cantaban los quintos tantas cosas, le sacaron a Cirilo aquello de: "Tipo elegante, dinero bastante", lo que quiere decir que la gente apreciaba que el irse allí, no era por falta de dinero ni de capacidad directiva y cabe pensar en el ancho campo y la comunicación directa con la estación por la Castelar por donde le vi ir detrás de los carros cargados de tirantes o de tablas más de cuatro veces y en cuanto llegaban al arco aligeraba el paso para abrirle la portada. Le gustaba vestir como Cirilo con una barbita corta y rubia que le hacía también tipo elegante.

En el sentido que se comenta es chocante que Leoncio Chocano y Gumersindo Rivas, maestros albañiles, hicieron en el arroyo mismo, frente a donde luego hizo su casa don Francisco Iñesta, la casa alta que no se si existe ni como haya podido sostenerse, pues desde que la hicieron ha dado miedo verla desde la calle, por fea, tan herrumbrosa y tan horripilante y descascarillada.

Esta misma casa y su acera nos brindan ciertas consideraciones sobre la arquitectura local. La casa alta en esa acera es como una sombra que la divide en dos partes desiguales y el resto de las casas, la de Pretolo y sus hijos, incluso Macario, el del Bar del paseo pegando a la estación que se fue en broma con Pedro Raboso y se quedó allí dando aires de seriedad, formalidad y generosidad, a toda la calle desde su rincón hasta el Cristo, a lo tabernero antiguo, en camisa y remangado pero sin dejar de trabajar a ninguna hora, hasta llegar

a la de D. Leandro, de planta baja y uniforme, que dan testimonio de modestia, sí, pero de buen gusto y bella sencillez, mejores que las de la acera de enfrente a pesar de no tener el aliciente del sol.

Un poco más allá de esta desafortunada casa pero en su misma acera, está el hogar de los viejos que no se puede excluir de los desaciertos que alcanzan a toda la zona que se encuentra en este caso, por los enormes basureros y enterramientos de animales que había en el corralón del matadero a la vista de todo el mundo y tanto más cuanto más se acercaban a las paredes del mediodía y del poniente del edificio, porque la nave de los sacrificios estaba en el fondo y a la izquierda contra el solar conservado de la fábrica del salitre, factores que hay que agregar a la naturaleza insalubre de toda la demarcación.

Si la gente hubiera ido como yo a jugar a los terronteros negruzcos o escombreras de los Sitios cuando quitaron las salitrerías sin haber más edificio que el de la fábrica, porque el matadero entonces estaba en la carretera por donde el marmolista Castaña después y a cargo de la Picuca que lavaba los mondongos, puede que no hubiera corrido tanto para hacer allí sus viviendas. Era natural que el matadero diera frente al doblez del arroyo para que corrieran las aguas sucias, que es la razón de que luego se poblaran en primer término las dos márgenes de dicho arroyo.

Otro más reciente, el yerno de don Vicente Moraleda, el también veterinario Manuel García de Mateos, se montó el herradero en los Sitios, en el porche de la portada de su casa, pero se agarró bien haciendo la obra más resistente de los Sitios que no se como andaré, pero estuvo mucho tiempo a medias y totalmente a la intemperie sin sufrir ningún deterioro ni alteración. No hay otra en los sitios que se le pueda comparar en solidez y resistencia, con aires de fortaleza, porque la portada que le colocó tampoco se la va a llevar el aire.

La oscuridad y el silencio que emanaban de los Sitios hacia el pueblo, desde el mismo anochecer, eran verdaderamente temerosos y muchos pasaban cantandillo las vías de comunicación, como el arco y el callejón de don Juanito, para ahuyentar al miedo, igual que las demás callejuelas o portadas abiertas de callejones de servidumbre de todo el pueblo.

Aun habiendo algunas casas ya en los puntos más próximos a la plaza, como el arco mismo, estuvieron mucho tiempo sin luz y causando mucho respeto cruzar de un barrio a otro a partir del toque de oración que dejaba el pueblo en tinieblas y sin ruidos, con una luz en la esquina de la plaza y otra en el boquete, más la claridad de la esfera del reloj, con la plaza inundada a lo mejor y el arroyo corriendo con el son de sus concavidades en su continuo rodar más amedrentador que en el pleno campo.

Los primeros vecinos o los que tenían portadas que daban allí y se veían obligados a salir de noche, como la Gorgusa misma o la tía Martina, con 17 chicos alrededor para ella sola y la luz del día para todos — ¡cuántos trabajos! — u otros de la plaza de la fuente o de Santa Quiteria, se arreglaban con farolillos de hojadelata y una lampareja con aceite, porque los candiles se les

apagaban con el aire, pero sin aventurarse nunca a lo largo del descampado y asomándose apenas a su puerta.

Recordando algo de lo dicho sobre las cuevas nuestras con motivo de las circunstancias actuales la comparación de resultados entre obras similares y bien hechas como la cueva de Eduardo Castellanos y la que hizo Jesús Lucas en la calle de la estación, en la casa de Pedro Advincula que era de su propiedad y se ha conocido después como la de "a la vuelta lo venden tinto". Y ellos se hicieron consuegros. Este albañil famoso fue el que hizo el proyecto del Casino y después dirigió la obra, con la desgracia de que se le hundiera la escalera monumental después de construida, cuando todo el mundo estaba aplaudiendo a rabiar. Fue reconstruida y ahí está tal como Jesús la concibió.

Y suyo es también el modelo de casa, único que se hacía antes en Alcázar de patio central y columnas con galerías alrededor y habitaciones de segundas luces.

Todos los demás Lucas fueron sobrinos suyos, él tuvo un sólo hijo varón en el que sobresalió la mente brumosa que distinguió a todos.

Aunque hay aquí un detalle importante para tenerlo en cuenta en el estudio comparativo, el de que la corriente de la Mina, digamos el río Mina, al salir de la estación tira a la izquierda, por debajo de las bodegas Bilbaínas y las casas de Jesús quedan a la derecha, esquina a la calle de la estación, pero aparte de eso habrá alguna diferencia por la situación topográfica de las casas y por el terreno que aquí es arcilla, aunque depende de las ondulaciones de la roca arenisca y de la veta que coja pero recuerdo que la de Jesús tenía también mucha piedra de arena, cuando picaba Pinto y otros, semanas y semanas.

Otra prueba concluyente y apreciable por todos, respecto de la ligereza que supone entorpecer las corrientes o quitarlas por estar mucho tiempo secas y desear hermohear las calles, la tenemos en la inundación de Consuegra, ocasionada por uno de estos ríos que corren de tarde en tarde, pero que cuando lo hacen son más temibles que los ríos de primer orden. En este caso, el río Amarguillo se trajo para acá en media noche, la mitad del pueblo de Consuegra con sus enseres y animales muertos que amanecieron en nuestra vega, inundación que no fue única como se ve todavía en los sistemas defensivos de los pueblos por donde pasa sobre todo en Villafranca que le ha dado más de cuatro sustos.

En nuestro pueblo mismo, ¿cuántas veces no se han llevado la feria las corrientes de la Mina y algo más que la feria?.

Estas corrientes no son continuas por estar sometidas a la climatología, pero su intermitencia no permite confiarse y menos obstaculizar las corrientes, porque en una fecha o en otra es seguro que se presentan y para ese caso deben tener siempre dispuesta la necesaria corriente.

* * *

AGUA VA

Comienza o comenzará pronto la danza de los millones en las obras del mercado, danza modernista, inarmónica, resbaladiza y peligrosa en todas las administraciones de actualidad, pero ¿sabemos dónde vamos, cómo y a qué vamos?. Porque si a lo que vamos es a hacer una sala de motores que saquen agua y la viertan fuera para que se entre por otro lado, manteniendo la obra sobre el agua, entonces más vale irse con la música a otra parte, porque lo de ahora ha tardado 40 años, de la época conocida, en producirse por segunda vez, en lo sucesivo no sabemos si dará tantas treguas ni si lo hará sin cobrarse víctimas.

En relación con el fundamento de cuanto venimos diciendo sobre el agua en nuestro terreno, podemos agregar una noticia fresca y confirmatoria: la de la obra del colegio de Dominicas de Criptana, terminado hace cuatro días y que lo conozco desde mucho antes de la guerra en aquella casa vieja, con tantos rincones y desniveles y un trajín tumultuoso permanente sin que jamás se viera agua por ninguna parte. Dicho colegio está en la cuesta mirando al pozo Hondo, que por algo se lo dirán, pozo abrevadero seguramente, como nuestro Coronado y el mismo de Valcargao también en la cuesta del cerro de la Horca. Pues bien, en el caso del Campo de Criptana levantaron una obra que ha sido calificada de primera y el colegio como tal colegio, el mejor de la provincia, solo que antes de secarse la obra empezó a manar agua en el gimnasio y desde entonces la tienen que sacar a diario. Exactamente como en nuestra estación y en los demás edificios recientes de la villa alcazareña, sin excepción ninguna.

De estas últimas tengo que destacar como muy conocida por mí la del señor Bonifacio Cano, que hecha toda de yeso, hasta los pisos, tenía unas instalaciones agrícolas extraordinarias y aunque de yeso, sin una sola gota de agua. Su huerta, la huerta de Bonifacio, era famosa por su producción, como de la Tusa que fue su primera mujer, con una cueva suficiente para almacenamiento de sus hortalizas en perfectas condiciones de conservación, como los graneros y pajares.

Ha sido la alteración de las estructuras del suelo la que ha puesto de manifiesto el agua que nadie puede atajar.

Criptana tiene una poza por el Cristo como la nuestra antigua de Villacentenos que es un manantial de rica agua muy apetecible y tiene sobre todo el cementerio muy inundado al final de la cuesta cruzada por la carretera de Pedro Muñoz, con las lápidas sumergidas en el agua, aparte de muchos detalles de los que no se habla o se ignoran, cosa natural ya que aquí termina el valle de relleno del campo de Montiel y esas alturas lo cierran.

Estas consideraciones, que no son hipotéticas sino observaciones de la realidad, que están a la vista de todos, me parecen suficientes, con las demás publicadas, para tener una idea del terreno de esta demarcación.

En Alcazar, la última vez, todo el mundo vivió la pesadilla de perecer un día entre el barro y los escombros de su propia casa hundida.

Chasco Médico

Todos los chascos tienen algo de sorpresa, de acontecimiento inesperado y este de hoy me lo ha dado Antonio Fernández Cortés, el chico del palacio de las medias que se abrió donde Benigno Alaminos, de grata memoria, tuvo la imprenta, calle de la Pringue, esquina a la de San Francisco.

Se trata del igualatorio médico que el médico del Pasaje abrió en la fecha fatídica del año 1936, caso singular y único, como diría Heliodoro y a lo mejor lo dijo.

El anuncio es el que figura en el prospecto adjunto que no produjo ni el menor efecto ni modificó aquello del Médico del Pasaje que conservó mientras vivió.

El anunciante evitó cuidadosamente hablar de los honorarios que hubiera podido tener alguna curiosidad ahora, lo demás tiene escasa significación, salvo el detalle de la presencia de don Rafael que pasó con más penas que glorias por este lugar al que vino desde San Carlos del Valle, la pintoresca aldea de orilla de Infantes cuyos monumentos tenemos publicados. Y nos complace dejar aquí esta nota porque nada estorba en el conocimiento de la vida de los pueblos ni en la de sus hombres.

El Director, por oposición, de la Sub-brigada Sanitaria, con domicilio en Pasaje, 2, tiene el honor de poner en conocimiento de V. que atendiendo a numerosas solicitudes y para dar mayor actividad a su profesión, abre IGUALATORIO MEDICO a partir de 1.º de Enero próximo, bajo las siguientes condiciones:

1.º El tipo de Igualatorio, será análogo al ya establecido por otros señores Médicos de la localidad y al objeto de haber más fácilmente las categorías, ruego hagan constar en la solicitud de Igualatorio, la cuota que satisfacen en caso de estar igualados con otro Médico.

2.º Que disponiendo a partir de 1.º de Enero de LABORATORIO PARTICULAR, los precios de toda clase de análisis clínicos (orina, esputos, jugo gástrico, sangre, líquido céfalo raquídeo, etc.) serán mucho más bajos que los tarifados oficialmente, pues en ningún caso resultará por menos de un 40 por 100 la bonificación que se obtenga.

3.º Las exploraciones con Rayos X serán a precios muy reducidos para todos aquellos igualados que lo necesiten, aun en casos, en que por estar igualados con otro Médico, sea este señor el que solicite dicha exploración radiológica.

4.º El Igualatorio será por año y la cobranza de los recibos trimestralmente y a domicilio.

PARA DARSE DE ALTA EN EL IGUALATORIO, bastará con enviar por correo (sin sellos) en sobre abierto o a domicilio, el mismo sobre en que va el impreso, que ha de cortar (por el sitio marcado) llenar y remitir.

En espera de verme favorecido con su grata solicitud, le saluda atentamente.

R. Huerta Gonzalo

IGUALATORIO MEDICO

D..... con domicilio en la calle o plaza núm. se da de alta en el Igualatorio Médico de D. Rafael Huerta Gonzalo, a partir de 1.º de Enero de 1936.

Cuota que pago o he pagado.....ptas. anuales

Rememoraciones Estacionistas

Con no salir a la calle se me acumulan los recuerdos y veo los cambios que puede tener la estación ahora e incluso la posible reaparición de algunas cosas olvidadas que se conservan vivas en sus nombres o como sempiternas costumbres de los empleados y del público en general que no se las explica nadie, como por ejemplo entrar en todas las dependencias preferentemente y hasta en la fonda —digamos el Buffet— como le pusieron los franceses en su lengua y se ha repetido en ocasiones señaladas como la del eclipse, la inauguración de las escuelas ferroviarias y otras que no recordemos.

Hablarnos de costumbres inveteradas de la estación como la de entrar en sus dependencias por la parte más distante e incómoda que lo es la que da al norte, frente a la cochera, ¡pobre cochera!, el andén que estaba más al aire, al polvo y al frío.

Va alguien a la lampistería o al servicio eléctrico, viniendo desde la calle y se pasa por donde está el estanco para dar la vuelta y entrar por aquella puerta. Va el de la taquilla a tomar café mientras entra el 606 y le da la vuelta al edificio por arriba por entre los carros de mano y las cajas del queso para tener el gusto de ver quién hay por allí.

Y en cambio se usa mucho menos el andén que da vistas al pueblo que es mucho más cómodo y confortable, e inmediato.

El andén aquel tenía en la época del carbón las pilas de briquetas de carbón inglés que lo protegían muy bien, que eran como ladrillos dobles, tan bien colocados y apilados que tapaban los espacios entre las vías desde las casas de los Jefes hasta más allá de los talleres del Depósito, y por entre ellas pasaban los operarios para ir a trabajar, excelente colocación con la que se veía cualquier falta que se produjera en las pilas del carbón que lo cargaban las máquinas desde allí mismo y hacía muy vistosa la estación y muy protegido todo su ámbito territorial, porque no faltaba nunca.

Su confort o comodidad era otro detalle importante que distinguía a la estación de mi tiempo y que en cualquier época da fama al ferrocarril y confianza a los viajeros. Con las estufas cerradas y protegidas, tirando en todas las dependencias donde había que permanecer en vela que para el caso era dormir sentados en una silla.

La estación misma, de verla ocupada con grandes pilas de briquetas a verla desierta va mucho para el observador, ver todo el frente de la estación ocupado por carbon inglés apilado hasta la altura del borde superior de las puertas de los vagones, era como una protección o seguridad para andar entre las vías y una garantía de servicio seguro y tranquilo.



He aquí la plana mayor de la estación en mi tiempo, tan conocida de todos que no parece que sean necesarias descripciones detalladas, empezando por don Mariano, el Inspector principal, que aparece rodeado de todo el cónclave.

Hay sin embargo detalles significativos que marcan coincidencias o diferencias entre los fotografiados que explican algunos casos o similares. Por ejemplo, Pepe Toribio y Antonio Hernández tienen una rara identidad de elementos pero hay algo imponderable que acredita terminantemente que el primero es un manchegote y el otro un chulillo madrileño de las Injurias, de las Pañuelas o de las Corralas adyacentes y está que ni pintado, algo que es gesto, actitud y movilidad latente de su cuerpo.

Don Manuel Blanco que vivía en casa de don José Belmonte, sin hijos y puso carnicería de vaca en la calle Castelar por cuando Segurita, es de las mismas cualidades pero de otra categoría.

Los demás altos jefes están todos en su papel, no les falta más que el farol.

Hay un contraste instructivo entre los semblantes del yerno y el del hijo de Caspirre.

Es altamente explícita la cara velazqueña de Encabo y también en otro sentido la de Vilaplana, el Ayudante, cuyo recuerdo más perdurable es el de la huerta con el nombre de su hija Conchita.

Y don Mariano, cómo estaría de regocijado que después de jubilarse fue cuando aprendió a tocar el acordeón, que es instrumento para barrigones.

Todos los agrupados, cual más, cual menos, tienen su nota de comicidad conocida e hilarante, pero cualquiera se atreve a quitarle la gorra con el respeto que infundían, base de un disciplinado vivir.

Falta Barajas, con la escoba, detalle imperdonable en don Mariano cuya figura disminuye bastante sin su compañía, ya que sólo con él podía exteriorizar su genio ruidoso pero inocente. Don Quijote no hubiera podido vivir sin Sancho ni Bertoldo sin Cacaseno.

Estaba la estación llena, no sonaba a hueco por ninguna parte y cuando se llegaba allí a deshora se tenía la impresión de que se había llegado a terreno habitado, porque todo aquello tenía que moverlo alguien o por lo menos cuidarlo, pero donde más se notaba y transcendía era en las salas de espera cuando se iba con mal tiempo a tomar los trenes de la madrugada arropados hasta los ojos y de pronto se encontraba uno con aquellas chimeneas tirando a todo tirar. Tan eficaces eran que el tío Berbés, como buen francés, tenía una en su quintería de Piédrola que puede que siga todavía por esa dejadez que a nosotros no nos permite ni quitar lo que nos estorba. El prefería su chimenea a las nuestras con sobrada razón y hubiera resultado útil hablar con los que le acompañaron en ocasiones señaladas.

La Cochera era un monumento, el más demostrativo de la importancia de una estación que necesita expedir a diario trenes de largo recorrido y recibir miles y miles de toneladas de mercancías y de viajeros. Su importancia no estaba en tirarla o dejarla sino en que ambas decisiones sean posibles sin consecuencias. No, con la Cochera se han ido muchas cosas, materiales unas y románticas otras y muchas ilusiones de los fogoneros que en la Cochera bruñían los dorados de sus máquinas por la desinteresada alegría de que se la vieran siempre reluciente y le diera fama que tanto les engordaba sin comer ni irse a los bares en todo el día.

Don Mariano era un hombre más bien pequeño, pero gordo e inquieto, un verdadero cascarrabias que cuidaba la estación como su misma casa y la llevaba de la misma manera, corrigiendo la limpieza como el deterioro de las cosas y su colocación adecuadas.

De la circulación de los trenes estaba al tanto a todas horas y el paso de los de más compromiso, como el exprés de Sevilla a las seis de la mañana, rara vez se hacía sin su presencia.

El paso de los trenes reales, tan frecuente para ir a las cacerías del Sur y casi siempre conducidos por el Duque de Zaragoza como maquinista y los altos jefes de la Compañía como viajeros —Alix-Maristany, Varela de Seijas, etc.—, con aire presuntuoso, eran para D. Mariano de una inquietud infernal por la confianza que hacían en él y nadie se hubiera atrevido a hacerle una objeción ni él lo hubiera consentido, que se metía hasta en el acoplamiento que debía tener la guardia civil, en aquellas circunstancias tan numerosa que los vecinos tenían que soportar dando alojamiento a las fuerzas, pero don Mariano estaba en todo y no paraba hasta que el tren estaba a salvo de cualquier malhadada posibilidad.

En pequeño todos los días tenía algún momento de esa preocupación con algunos trenes, sobre todo con ese pretencioso exprés de Sevilla donde siempre iba alguien que le anunciaba su paso y él se sentía obligado a garantizarle la seguridad.

Recorría el andén cuarenta veces desde que su ruido y su silbato le anunciaban su proximidad y su paso por Valcargao y la casilla de Mentirola. Apartaba a todo el mundo en el andén, y a Barajas, que siempre estaba barriendo el andén a primera hora, con el pito mojado en una comisura labial, generalmente la izquierda y la bisera de concha de la gorra rajada, torcida y caída hacia el lado opuesto, sobre la oreja, le gritaba con su voz carraspeante.

—Deje usted eso y váyase de aquí tío borracho.

Y Barajas, siempre inseguro en su caminar, se iba diciendo por lo bajo:

—A tos nos gusta, don Mariano, a tos nos gusta.

Y seguía andando hacia el otro andén, con aquel meneíllo que le daba a su cuerpo apoyado en el palo de la escoba de retamas secas de las que traía el carbón de Fuertollano. Y don Mariano no se apartaba del andén hasta que el tren se perdía de vista porque aunque fueran durmiendo casi siempre iba alguien de los que se fijan en todo y luego lo dicen.

Don Mariano era de Tembleque, de aquella posada de los soportales de la plaza y Barajas de Lillo, manchegos ambos. Y no sé por qué Alcázar ha estado muy ligado a Lillo, por lo menos desde el tren, porque Guerras estaba fuertemente afincado allí como don Venancio González en toda la comarca, aunque Guerras se casara aquí y también lo hiciera don Mariano ya de viejo.

* * *

El carácter alcazareño, tan adecuado y tan propio para las meriendas y las cenas, que enseguida entablan relaciones íntimas y perdurables con ese fin, es, sin embargo, mucho menos aprovechable para los almuerzos y las comidas que los despacha con cualquier cosa, y la suerte de tener la estación hubiera necesitado, por el contrario, hombres de los que madrugan y almuerzan fuerte para hacer una buena y conveniente aportación a todos los servicios ferroviarios del país, porque oportunidad la ha tenido, le ha faltado preparación y voluntad de adquirirla, conformándose con los puestos subalternos. Sólo uno entre tantos conocidos tuvo posibilidades que perdió en las intrigas de la política y en los desasosiegos de su vida íntima, el molinero de las Motillas. Los Racioneros, que también he conocido, escalaron los últimos puestos de sus escalafones pero sin ninguna creatividad. Ecequiel fue jefe de la estación de Madrid y se complacía en departir con los paisanos que llegaban en los trenes. Esteban no sé si fue Jefe de Revisores, pero nada más. Los Lizanos, hermanos del de la Patatera, que fueron revisores de mucha autoridad en Andalucía, nos trajeron por fin una prueba del estilo arquitectónico sevillano y nos hicieron dos casas preciosas, pero tan faltas de ambiente que se van a morir de pena, como les pasó a ellos, que se los llevó el aire. Todos los que se van vuelven con esa manía de tirar la casa de su padre reemplazándola por algo que han visto por ahí, como haciéndole un reproche al padre de no haber salido él antes para ver cosas y saber lo que es bueno.

En general Alcázar ha tenido siempre unos equipos de empleados extraordinarios que como personas no admitían comparación con ningunas otras de honradez, de cumplidores y formales, sintiendo la responsabilidad plena de su misión. Los grupos de maquinistas y conductores no hubiera podido mejorarlos nadie con los Núñez, los Chavicos, los Sernas, los Albercas, Correas, Soledad, Carabaño, Fructuoso, Carpio, Bonardell, Socorro, Guarguero, Pascasio, Cruceta, Garzón y muchos más como Mangó, Chavarrías y otros que iban pregonando a la legua con sus trazas, cuales eran sus trabajos y obligaciones.

De los más próximos hay varios inspectores principales que lo consideraban ya como la canongía de la jubilación próxima imposible de superar, como una capitana general en su servicio respectivo y no hay, que yo sepa, ningún alcazareño que haya dejado el nombre de Alcázar vinculado a la red por su prestigio científico o competencia técnica.

He conocido varios maquinistas que aprovechaban sus descansos muy meritoriamente para adquirir algunas nociones de mecánica física en los prontuarios que les facilitaban, pero nada más, aunque con eso ascendían a jefes de reserva, pero Alcázar necesitaba algo más y ha hecho aportaciones en hombres más que suficientes para que surgiera el abnegado que glorificara la estación y la hiciera inseparable de nosotros y de las conveniencias de la Villa. Hemos remoloneado demasiado y eso se notará siempre en la marcha de la estación y en sus repercusiones en el pueblo. No es bastante con dar la peonada que sin embargo no se da, hace falta el hombre que se enamora, que se entrega al ideal de un trabajo que es su obra, su ilusión creativa y eso es lo que hay que enseñarle y hacérselo saborear para que se ennoblezca con ello.

VISIONES RETROSPECTIVAS

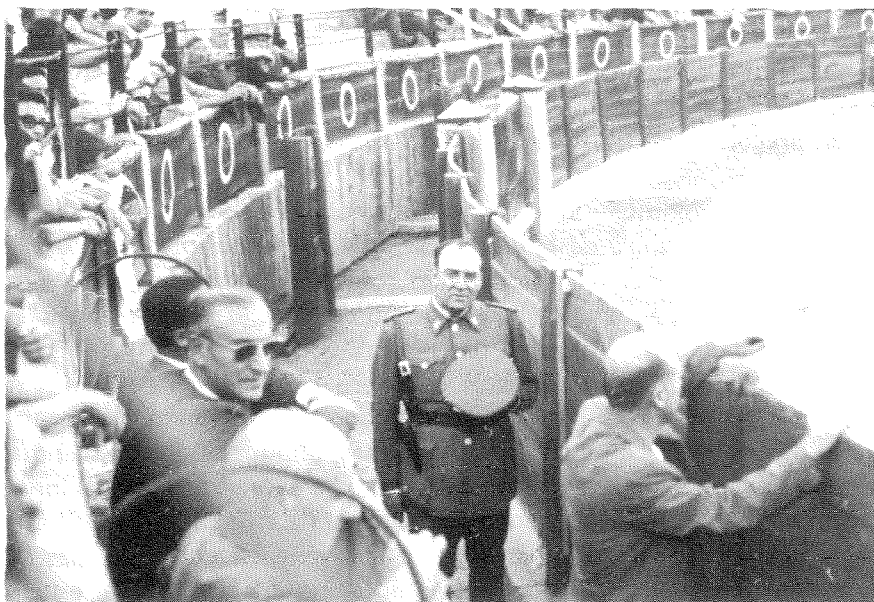
¿Qué pudo pasar aquí?

Estos campos fueron devastados con sus villas y aldeas en las luchas de la reconquista y su repoblación a título de Consuegra con reducido número de familias entre nativas y residuarias de la invasión árabe. Y esas trescientas familias de repobladores, en números redondos, que le dieron a Alcázar ocuparían las proximidades de la fortaleza o palacio, porque el plano mudo publicado siglos después, nos indica que la zona sur-occidental del campo seguía, despoblado y de salitrerías por ser la zona de los desagües, en la que se acumulaban las humedades igual que ahora y antes.

* * *

Haber asistido desde niño a la repoblación de los Sitios conociendo a todas las personas y haber asistido a la construcción de todo el barrio de la estación como zonas despobladas, me facilita mucho comprender como pudo ser la construcción anterior y su mejor posibilidad.

Plaza de Toros de Alcázar



El equipo médico de la plaza cuando la arreglaron los Dominguitos.

El guardia es el Mayo, Isidro Arias Izquierdo. Año 1957 o por ahí. Toreó El Niño de la Capea y otros muchachos como él.

La fotografía fue hecha por el fotógrafo de la empresa y con la idea de sacar a Isidro, pero sacó también al equipo médico de la plaza, que se habían ido a la sombra.

Fue una fiesta inaugural en la que se lucieron El Niño de la Capea y otros muchachos de su tiempo, pero la pícara plaza todos los años se reviste con las flores blancas del salitre, que no dejan hueco libre en ningún punto de los interiores ni de los de fuera, pero aquí está flamante y hasta lujosa.



ASTILLERO MANCHEGO

Momento solemne de ser botada al agua en el puente alcazareño del Zúncara, la barca construida por los grandes navegantes Cano, Chaves, Maroto y sentado en la barca Palmero, que salieron al encuentro de Colón en la Rábida luego de surcar el Guadiana hasta Ayamonte, hazaña que es un deber dejar perpetuada.

Voltaire

En nuestro número primero se publicaron algunos de nuestros vendedores ambulantes con sus ristras de chorizos en los hombros y en las manos; Justo Angora, su hermano, Cayetano Fuentes y la hermana Vicenta de Quinica en la feria de Sevilla con sus hijos, algunos ya de sombrero ancho.

Casualmente ha llegado ahora a mis manos la imagen de Voltaire con las mismas trazas, pero fumando en pipa que es una costumbre poco corriente entre ellos y que la empina mucho al bocear y le quitaría claridad a la voz haciéndola poco inteligible por lo que

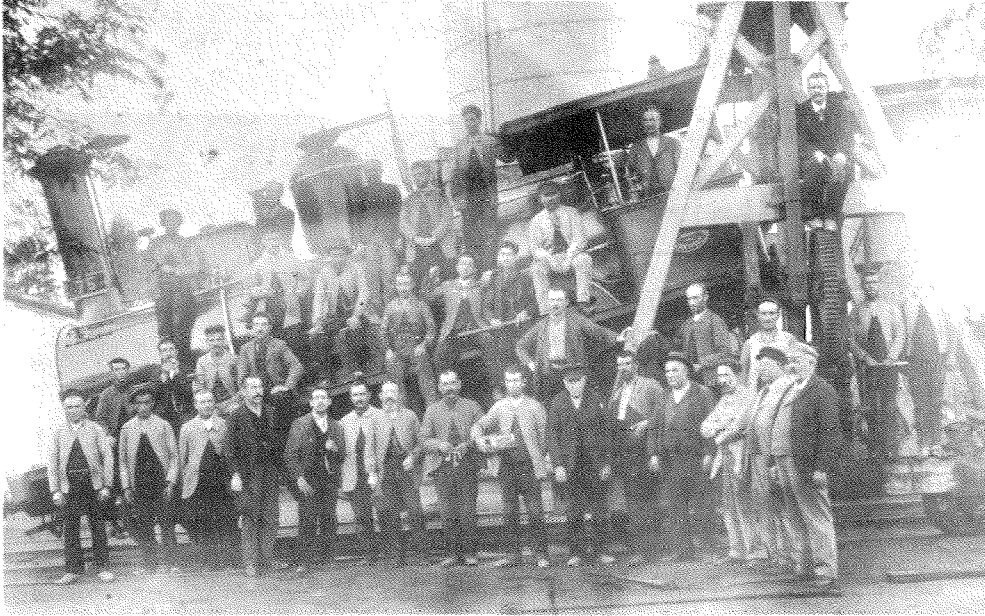
la gente tendría que asomarse al oírle para saber lo que vendía, aunque no en este día porque se ve el escudo de Alcázar y la escalera debe ser la del casino, porque llovería y se amparó allí para que no se le ablandaran los chorizos.

Laurentino y Saturnino en barrera, como los grandes, para ver los toros de cerca, sin miedo, y hacerse la ilusión de que son ellos los que le extienden el capote empapados de su fiereza.

El que hay a su izquierda, también de gorra, es otro aficionado, con el color de gato en los ojos que le inunda la cara y recuerda a Pablo el Rulo, para hacerse una idea de quien puede ser.

Están muy risueños los torerillos locales, dicho sea en plural porque Saturnino también se despatarró alguna vez delante de un morlaco que le pisó la capa y Saturnino, que era grande como Marcial, se la soltó como un haz de alfalfa para que se entretuviera mientras él ganaba la barrera.





Reverencia

La máquina 75, una de las juguetonas que corretearon tanto por la "playa". Se le fue el pie y se empozó inclinándose reverentemente ante el camino.

Debemos la fotografía reiterada a Teresa Gil, la prima de Sindo.

Rodea al "maquinucho" la plana mayor del depósito, todos de cara y aire muy conocidos, el valor histórico de sus instrumentos, de sus acciones y de las herramientas y de sus ropas. Alegra mucho recordarlos pero aún habiéndolos conocido es difícil recordar sus nombres y aún sus propias fisonomías, pero el primero de la derecha de los que están de pie, se diferencia mucho por su actitud, por su indumentaria y por su constitución, es el ingeniero Jefe del Depósito, Anthaume, francés, con la barriga prominente, los mostachos desparramados y la gorra "altruista", como decía Heliodoro de las palabras de alto tono o subidas como lleva la gorra el ingeniero. Y es curioso que todos los que le siguen, moñigones de pura cepa, se cubren la cabeza con el mismo estilo aunque con prendas diferentes, pero todos se las echan para atrás o van en cócote.

Sigue a Monsieur Anthaume, Faustino Abad, que fue encargado. En tercer lugar Angel Alarcos, muy propio y a pesar de su estatura, un poco curvado del dorso por estar siempre inclinado en el trabajo sobre el yunque o sobre el torno. Era un artista del metal que debería recordarse siempre, pues cuando todo el mundo se mataba por entrar en la estación, él se salió y puso un gran taller que lo acreditó mucho y lo sostuvo mientras vivió.

Raimundo Casarrubios que no le conocí, Joaquín Gamito, el cuñado del Estudiante. Le sigue el más agachado de todos, Celestino Alarcos, el padre

del Angel. Con la caja el Barbero, suegro de Paco el de la Botica y a continuación Córdoba, cuando estaba en el almacén antes de ser capataz, Esteban Córdoba, el padre de la Paz y de Pepe, grandes compañeros de juegos de los chicos y una gran persona de los zurrillas de mi casa. Juan Ramírez, el del mastique, el hombre más feo del mundo, en cuyo horno de la calle Ancha esquina a la plaza del Progreso se hacían las mejores magdalenas del pueblo por su mujer, la Filomena, que era una bendita.

Olivares, padre de Sebastián el que se casó con la Rosa de Cástor el sastre. A continuación el Quemao y Bernardo Villajos.

El que está en la máquina es el señor Higinio y Domingo Delgado, el dueño de las casas del paseo. Fernando "el de la maquinilla", Paco Jiménez, Indalecio Alberca, el padre de Ruperto Montalvo, José María Cortés, Correas y otros muchos que los lectores irán puntualizando con su paciencia y agudeza insuperables.

Leyendo estas relaciones puede apreciarse si hay o no motivos para adorar la estación, porque no son inventos sino huellas orgánicas que te dejan señalado para toda la vida, como cualquier enfermedad o su tratamiento, pues el médico deja casi siempre más señales que la enfermedad.

Cuántos Trabajicos

Una vez me hicieron ir a ver a una joven mujer que se moría por momentos de calenturas puerperales en un pueblo inmediato. Pertenecía a una familia de trabajadores de las muchas que solían amanecer en mi casa después de una noche infernal por los caminos. Eran los tiempos anteriores a la Penicilina.

Estuve con su madre, solos, de pie junto a la cama o sentados en ella todo el tiempo que permanecí en la casa, la enferma sin hacernos caso y la madre invocando constantemente el consuelo de la hija con un sentimiento de lo más enternecedor:

— ¡Milagros de mi alma! — ¡Cuántos trabajicos!

Se resolvió el problema y sigo viendo de cuando en cuando a la madre y a la hija, pero aún sin verlas, aquella tarde es imposible de olvidar, la tarde, la casa, la habitación y la escena desgarradora de dolor y no puedo evitar el invocarlas en mi pensamiento cada vez que me veo en situaciones parecidas, por unas u otras causas.

— ¡Ay! Milagros de mi alma, cuántos trabajicos.

Qué huella tan profunda me dejaron los clamidos de la madre para no poderlos olvidar siendo una mujer tan humilde, tan sencilla, tan sufrida que se comía los dolores para que no los oyera ni la tierra.

Y siempre repetimos la expresión cuando nos vemos aún delante de la propia enferma, la inolvidable Milagros que su madre invocaba con todos los trabajos y los afanes, expuesta a perderlos en un momento de desgracia.



Cartas a D. Rafael

Sobre la obra Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha

Continuación de las cartas escritas por
Ángel Palmero Ugena sobre los libros
39 al 41.

(Del fascículo XXXIX)

“Está terminando el año, tengo unas horas de ocio. Aprovecho estas calendas para releer el fascículo XXXIX, el cual, no es tan mesa revuelta que no mantenga, y muy bien, la unidad y el estilo peculiares de toda la obra.

LA SOLEDAD MATINAL. AQUELLO DE LOS VIEJOS. EL SUEÑO DE LOS VIEJOS . LO SORDILLO Y LO CEGATO DE LOS VIEJOS. Es cierto que el tema, tratado en los fascículos anteriores supo a poco. Usted no lo desconoce. Y torna al camino para continuar destilando consejos sabios y prudentes.

“El hombre debe vivir como si fuera eterno”. “Si la aspiración del hombre es vivir ha de actuar”. “Es una equivocación no trabajar, pero en la vejez es error y torpeza”. “Para dormir no hace falta más que sueño y estar hartos de trabajar, que es su causa”.

Dice esto y mucho más como lo que es, maestro de energía y actividad. Hay que releer despacio para sacarle fruto a todo lo apuntado y escrito, y comprender la verdad que se encierra en páginas tan aleccionadoras. La materia, en manos de usted, no está agotada ni mucho menos, y pienso que seguirá hilando sobre ella en otros fascículos. Para muchas personas mayores la lectura les habrá resultado saludable y vivificadora.

GENIO Y FIGURA ALCAZAREÑOS. ¿Dó están ahora los Estrella, Juan Tello, don Magdaleno —que no dejaba a sus enfermos hasta que los sanaba..., o se morían— productos esforzados del secano, genios a su modo del lugar? Cada tiempo produce los frutos característicos de la época. Parecen distintos si se les compara por encima con los anteriores, pero sus raíces suelen mantener las constantes básicas. En algún sitio deben de estar los sucesores de nuestros paisanos de excepción, los alcazareños con talante e ingenio, capaces de imprimir carácter a su tiempo. Todas las comunidades necesitan de la presencia de hombres así.

HILACHOS. ¿Quién ajusta ahora las cuentas, todas las cuentas?, ¿quién hace una crítica abierta y constructiva de las gestiones?, ¿quién vive los problemas locales con inteligencia y coraje?

Murat en 1915 dedica un busto de Cervantes, fruto de su arte, al Ayuntamiento. Llega el teléfono, se regalan ejemplares de Cervantes en las escuelas. Unos vecinos ceden gratuitamente terrenos para la actual calle de Goya, se intenta la creación de una Escuela de Artes y Oficios. Hilachos reveladores del pulso local, en los que, unas veces asoma la generosidad, otras la fantasía y también —cómo no— sus gotas de sanchopancismo.

PROGRAMAS MEMORABLES. En este lugar de La Mancha, año de 1905, hace setenta años, unos esforzados vecinos promueven la celebración del tercer centenario del Quijote. No existía en el lugar el teléfono; por supuesto que se desconocían la radio y la televisión. Llegarían al pueblo algunas docenas de periódicos de Madrid. Se vivía duramente arañando el sustento a una tierra áspera. Es necesario mencionarlo todo para medir las inquietudes de nuestros paisanos que quieren salir del "agarbanzamiento" y el "vamos tirando".

RINCONES MANCHEGOS. LOS CHORROS. LOS BARRIOS. Trabajos que pertenecen a la misma línea andariega e inquieta que dió páginas magníficas en las descripciones de plazas y lugares —laqué! rincón toboseño!— del fascículo XXXVI. Muy finamente vio usted el cementerio de Tomelloso, como antes vió su plaza. "Los Chorros" y "Los Barrios", todo tiene su "aquél" y su gracia. Basta que un espíritu alerta se detenga en un lugar del camino —¿por qué no en Dos Barrios?— para que éste le comunique el espíritu o el encanto que lo anima.

Estupenda semblanza de Joaquina de Cagalera. Emotivo TRES PAJAROS de UN TIRO, sugeridor LOS RAMOS. Y aleccionadores ZAPATERO A TUS ZAPATOS y "Justicia tardía". Muy bien sus disquisiciones sobre la mujer y la madre de antes y ahora.

Pero leyendo DUDA y EL CAMINANTE Y EL CAMINO, me saltan a la pluma algunas preguntas. ¿Cómo es ahora mismo Alcázar? ¿Es capaz de vibrar por algo fundamental? ¿Tiene inquietudes? Y si las tiene, no estarán tan hundidas, tan cubiertas de limo, que sacarlas a la luz sea tarea ardua e incierta? ¿Habría alcazareños capaces de llevar a cabo faenas de esta naturaleza?

Uno cree que la vida de un pueblo es el total de muchos sumandos quizá pequeños, quizá sin visible trascendencia. Cada individuo, por sí mismo, a través de la familia o del grupo social en que se halla alojado, ha puesto en la suma su guarismo. Al cabo del tiempo se ha configurado un estilo, existen una fisonomía y un modo de entender la vida que definen y distinguen. Se dice, entonces, "es que los alcazareños, o los tomelloseros, o los herencianos, o los campesinos son "así". Estos "así", estas diferencias componen la suma de cada pueblo, lo suyo vital. Esa conmoción que alguien llamó "viento de la historia", puede en su curso arrasar o crear, herir o sanar. La vida alcazareña, como la de tantos pueblos, sufrió un trauma que todo lo escindió, lo alteró o lo aventó. Al rumor tranquilo de la existencia latiente como colmena fecunda le sucedieron ruidos disonantes. Cuando esto sucede, amedrentado su contorno, el individuo siente el peligro y se autolimita guaraciéndose en un "yo" defensivo y oscuro. El "nosotros" colectivo que une a los pueblos en empeños creadores, si antes no agoniza, malherido, se adormece y aletarga. Y la vida local espejo de la vida de todos se mueve inercialmente, sin nervio y sin arranques.

Usted ha vivido más, mucho más que yo. Y desde el attillo de un oficio intensamente ejercido sabrá mejor sin duda si esta parrafada responde o no a la actualidad de nuestro pueblo.

Necesitamos que salgan a la superficie gente con nervio e ingenio. Porque hay mucho que reparar y sembrar. Y aunque los cierzos y las sequías del lugar coartan a la naturaleza, lo bueno de ésta termina siempre por vencer.

Con mis deseos mejores para 1976, le envía un cordial saludo..."

Madrid, 29 Diciembre 1975)

(Del fascículo XL)

"Tardío otra vez en mi gratísima correspondencia con usted, le escribo hoy mis apostillas al fascículo XL una vez releído éste.

Expresiones de serena plenitud en DEBER Y SATISFACCION.

ACONTECIMIENTO ALCAZAREÑO. ESTAMPAS RETROSPECTIVAS. Con las fotos de anteaer comentarios desde el hoy tocados de esa ternura que el tiempo deposita sobre el recuerdo. Notable el "fair play" de nuestros políticos, correligionarios y no correligionarios y aún opuestos, reunidos en un acto donde todos conviven, si no con absoluta fraternidad —supongo—, sí con esa tolerancia civilizada que años después se hundiría hecha pedazos. Aquellos hombres anticipaban, a su aire, una lección mal asimilada por otras generaciones quizá más dotadas de saberes, pero menos cultas en el puro sentido de la palabra.

SOLEDADES. Preciosa divagación por el convento apartado y las soledades campestres, por Gredos y las cañadas asturianas.

MIGUEL EL CONFITERO. Las hipótesis y suposiciones sobre el Miguel, carretero que acarrea y acompaña al escritor en sus jornadas manchegas, le dan pie para que AZORIN regrese a los fascículos galanamente en una asomada rápida.

No conocía yo —ay de mí— los romances de Montesinos, Durandarte y Rosaflovida, la doncella que habita el castillo de Rochafrida, de visita obligada como la cueva de Montesinos. Es muy bonita la narración acerca de estos rincones de eterna resonancia literaria.

"La autoridad de un mayoral era tan-energica e inapelable como la de un emperador romano", dice en Cayetano Bolox. Así tenía que ser.

Sus anotaciones sobre los Mata y Moisés y las antiguas imprentas —Puebla, Alaminos, Castellanos—, constituyen excelentes adiciones a cuanto sobre el tema hay publicado en la obra.

¿Cree usted que a pesar de enviarle al Ayuntamiento la carta de Presentación Córdoba, nuestra amiga, se repondrán alguna vez los nombres antiguos de las calles. ¡Quién sabe! Parece que corren aires nuevos, y no sé si personas más afines a lo esencial harán por último tabla rasa de los Júpiter, Jorge Juan, Simancas..., restaurando la anterior nomenclatura y corrigiendo el desafuero.

"Remembranza". Olor a letra impresa, fragor de "Minervas" y "Marinonis", memoria de históricas publicaciones. Sin un ambiente propicio no se concibe la existencia estable de periódicos locales. Es innegable el mérito de aquellos hombres que al calor de la comunidad encendían la antorcha y promovían ilusiones y alumbraban caminos.

Cuando usted se refiere a ciertos aspectos de la vida alcazareña me inquieto por el presente y el futuro de ella. El ambiente que usted describe existió. Lo percibí en los años mozos. Era entonces posible que un grupo de amigos, escasamente asistidos por otros bienes que no fuesen los de su entusiasmo, fundaran asociaciones culturales, organizaran justas poéticas, montaran obras teatrales, orquestas y conciertos, "haciendo" un poco de cultura, estimulando la convivencia y el amor a lo nuestro. ¿Y los periódicos locales? ¿Qué dicen hoy Crispín, o El Despertar" o "Democracia"? ¿Dónde está aquel espíritu? No soy, por supuesto nostálgico incondicional aunque evoque el pasado; el "pasado" significa "menos años" y ello le confiere una enorme fuerza sentimental. Pero a pesar de ello y por encima, la observación simple nos permite comprobar la "inexistencia" de aquel espí-

rítu que hacía posible manifestaciones como las apuntadas. Si los valores que les dieron vida existieran su proyección con los medios actuales sería mucho más trascendente.

Como el duendecillo de la esperanza me es congénito debo pensar que las antiguas semillas aún pueden germinar. Y el pueblo recobrar el impulso que tuvo.

El cuadro no sólo costumbrista de DESPEDIDAS es como un fino bordado y sus penetrantes reflexiones están matizadas de saber.

NOCHES TOLEDANAS. Se oyen los ruidos que atraviesan la noche del anciano, lleno de vida íntima, tan sensible y tan marginado. Cuántas vivencias en estas prosas.

EL ARBOL DE LA VIDA. Como en una insólita simbiosis, las hojillas postreras y ateridas, la Mari Juana y el autor mismo, se articulan en un fragmento cruzado de emociones.

¿Y "RUIDO DE CAMPANAS"? Gregorio el Ciego aún deambulaba por la severa estructura de Santa Quiteria. Esta segunda existencia que usted otorga a la persona, le da pie para esa alegórica elegía de las campanas que fueron y ya no son, ficción, mentirijilla, verdad que no se sabe si es cierta o se inventa, metal lejano, que resuena en las meditaciones y correrías por el pasado.

En el fascículo hay cosas que me dejan pasmado. No quiero cansarle más. Le agradezco los fascículos que me envía. A este alcazareño un poco distante le entusiasma que alguien se haya ocupado tan cumplida y esforzadamente de lo nuestro y lo de todos. Hay para sentirse orgulloso.

Con el abrazo y la consideración,

Madrid, 28 de abril de 1977

(Del fascículo XLI)

"Le debo mi comentario, un tanto demorado, sobre el fascículo XLI. Y a ello voy aprovechando el puente laboral de la semana, desde esta villa que ahora mismo, a las diez y ocho horas de este día de Diciembre se encuentra envuelta en el sucio manto de la polución.

Y comienzo por CONCORDIA, que es noble y bella apelación.

No soy pesimista, sino más bien lo contrario, aunque poco inclinado a verlo todo bien por sistema, ni a decir "bueno" porque sí. Actitud que es el resultado de sumar al propio razonar la experiencia que a todos nos da el tiempo a cambio de quitarnos otras cosas. Creo que nuestras gentes, aparte humanas mezquindades, fueron y son liberales y generosas, en muchas ocasiones, según usted nos viene sugiriendo en los fascículos.

El ser de un pueblo es poco dado a mutaciones de fondo, si bien, a veces, desde ópticas diferentes puedan confundirse esencia y superficie. Cada generación siembra en la tierra su simiente. Luego, las estaciones, esa mecánica armoniosa, hacen su trabajo y en las primaveras o en los otoños llegan los frutos. "Biología" como usted dice. Ahora todo anda un tanto revuelto; el molde que encorsetaba a varias generaciones no funciona ya. Pero la armonía que preside la naturaleza y las cosas de este mundo, encauzará todo lo disperso de una manera normal y "biológica". Y todo emprenderá la marcha con nuevos bríos.

Como usted me decía antes de salir el fascículo, éste es muy alcazareño. Y su lectura —añado— una delicia.

CAZADORES Y EL SEÑOR HIGINIO. Fotografías retrospectivas. Las consideraciones que me sugieren estos trabajos han de ir inevitablemente del pasado al presente y viceversa. Pasado y presente toman expresión y cuerpo en esas personas que fueron y en esas otras que son todavía, sobrevivientes del tabladillo eterno, partes de la pequeña historia, que es la buena. Pues no son sólo los grandes gestos aislados quienes dan contenido humano a la vida de las comunidades, sino más señaladamente las cosas cotidianas, los sucesos menudos, las actitudes de las personas, todo lo cual constituye la "materia" prima que presta su noble sustancia a los fascículos y les concede su carácter de retablo singular.

Sustanciosos RONDADORES Y ESTUDIANTINA y REBOLA, palabra del léxico popular alcazareño. ¿Por qué no hacer un guión de estas expresiones genuínas del pueblo y quizá de algunas más del contorno, Tomelloso, Herencia, Criptana, Alcázar? ¿Meto Tomelloso y Herencia, de donde eran mis abuelos y mis padres, porque yo les oí comentar y pronunciar palabras de aire semejante. Yo mismo, habituado a oírlas desde niño, las he dicho ante personas que ignoraban esas expresiones, y aquí me tiene usted explicando el origen, la semántica y la geografía de los vocablos famosos. El guión a que aludo, de tanta utilidad como el "Nuevo índice", podría ser a modo de pequeño diccionario que recogiera nuestros deliciosos localismos.

La pequeña crónica local se acrecienta con trabajos como SANTICOS. Qué efusivo diminutivo. Ahí, ahí está el pueblo cordial, liberal que marca cariñosamente al sujeto que lo merece. En MITAD Y MITAD vuelve la Cruz Verde y sus moradores.

Al leer APODOS ALCAZAREÑOS me viene a la mente mi abuela paterna, herenciana de cepa, que llamaba a las personas por su apodo, con preferencia, si lo tenían. A mi abuelo le llamaba cariñosamente "Chato". Desde un balcón de la casa familiar donde estuvo paralítica largos años, veía pasar a la gente y solía decir, por ejemplo. Esta mañana ví pasar al mayor del "Habanero". "¿A qué habrá venido al pueblo el hijo de "Tablas"?"

Muchos apodos venían de tradición y otros sospecho que los inventaría ella. Algunos de aquellos motes eran casi "greguerías" —antes de que las creara Ramón—, por su ingenio, fantasía y precisión. Auténtica esta inclinación de nuestra tierra al mote, y la tradición e imperio del mismo que antes privó para nombrar al sujeto según su origen, oficio, falta, habilidad u otras características personales.

Con verdadero gozo he leído ENJABELGADORES, PINTAFRAILES y ALELUYA. Me detengo asimismo en DIFICULTAD, tan cerca de mi filosofía el penúltimo y el último párrafo. Y en VIEJOS Y VIEJAS, palabras magistrales. Por estos días los primeros cuarenta fascículos, encuadernados, con su rotulación en oro y su vitola de libros importantes, han ocupado el anaquel predilecto de la casa. Pero, lo que son las cosas, no son cuatro, sino cinco tomos. Sucedió que el encuadernador, llevado de la costumbre separó las tapas de los cuadernos sin advertir que eran texto y parte inseparable de cada libro. Me llevé un buen disgusto. El desafuero se arregló encuadernando todas las tapas en otro tomo, el quinto, que reza así, "PORTADAS Fascículos 1 al X". Después del enfado la solución me gustó. A Abel le pareció bien, porque se facilita el repaso de todas las portadas, que tienen mucho y bueno que ver y leer.

Viendo así los cinco tomos me impresiona más, si cabe, esta obra única y monumental, donde todo posee calidad, aún desde un punto de vista exigentemente literario. Que la pluma se ha ido afinando más y más es un hecho que vengo constatando desde hace años. Cualquier extraño que lea los fascículos se verá atraído por la sobria arquitectura

de la obra y por su contenido tan rico, vario y profundo como la misma existencia.

Mi hijo —veintiún años, estudiante de ardua carrera técnica— se apasiona por la buena literatura. Es un gran lector de los fascículos. Salió de Alcázar cuanto tenía tres años.

Termina otro año. Con mi deseo de que el próximo sea un buen año para usted, un año de fascículos y parabienes, le envía un saludo muy afectuoso.

Madrid, 9 de Diciembre de 1977

El Obelisco de Cervantes

Porfirio Rojano, de 85 años, yerno de la Santiaga la Peluza y León Ramos, amiga mía de la infancia y de la Cruz Verde, que no sé cómo se aviene a vivir en Madrid, antiguo “ayudaor” de los “Pitises”, observador y poeta del cerro Mesao y explorador de sus concavidades en las que se hundió un día hasta con las mulas, leyendo lo del monumento a Cervantes del libro anterior, me dice amigablemente, para quien pueda dudar de su existencia, que él iba a la escuela de Juan Antonio Atienza, el hijo mayor de la tía Cacha que la tenía en la última casa de la calle de la Cárcel, y al salir vieron que había mucha gente en la plaza de Cervantes y unos hombres con picos y barras quitando piedras hasta que pudieron hacer unos agujeros, sacando unos cajones de madera muy fuertes que los cargaron en carros grandes que decían que eran de Alcalá de Henares. Y dice Porfirio que allí se llevaron toda la documentación de Cervantes sin que se supiera por donde venía el asunto. Y nosotros dejamos constancia de las referencias de Porfirio para que quede también recuerdo de sus dotes observadoras. Y por algo se casaría con la chica de la Santiaga que son personas agudas y penetrantes. Y buenas como el pan de pizcón.

Hay que aclarar que Porfirio dice que los cajones los cargaron en un camión, vehículo que no se conocía por entonces aquí, pues tiempo después tuve yo ocasión de ver el primer coche que vino a casa de los pellejeros y llevó a Criptana a unos cuantos del barrio, tardando 7 minutos en ir y otros 7 en volver, de lo que vinieron maravillados y fueron no muy tranquilos, el tío Cuadro, don Angel el de la Cera, el señor Canet y Comino, que entonces no era Practicante, todos los cuales respiraron muy hondo al apearse de regreso, asombrados de la aventura corrida y del valor que habían tenido.

SUCEDIDO

Fue un médico novato a Carrizosa, le coge la muñeca al enfermo y le dice:

—Oye, dime lo que tienes que a los dos nos va.

¡Que Baraja!



En el libro anterior figura una fotografía de Santiago Potrilla con su cuadrilleja de mocetes echándose las de hombres y barruntando las quintas. Es muy característica de sus tiempos y de las costumbres de la época, aunque no tan propia como esta que ofrecemos ahora de una gran baraja de mozas, gracias a la hija de Venancio el Jarijlo y a la mujer de Repizca.

¡Qué mozas había en Alcázar!

Los mocetes parecían recién salidos del cascarón, pero ellas están más cerca de sacar pollos que de poner huevos y con el nido bien hueco. Qué sayas y qué tocas y qué cuerpos y qué asientos, si parecen las madres de los mozos aquellos, que ninguna le tiene envidia a la María de Borrego o a otra cualquier madre de los zagales del cuento que jugueteaban como terneros de empujones fieros.

Son la mayoría de la calle de la Trinidad, las de Perra del rincón de enfrente de los frailes y las de Juan Antonio Romero el carnicero de enfrente de don Magdaleno antes de hacerse La Equidad, que vivía y despachaba en aquella portada de color de chocolate, casi esquina al callejón de enfrente de la puertecilla de la iglesia. Había otra portada igual en la esquina de la calle Alcolea, la del Cristo Zalameda, la casa de Tocinillo que por algo se lo di-

rían y se lo siguen diciendo a las chicas. Más arriba, en la esquina de la callejuela de la calle Ancha, había otro despacho de carne de la viuda de Ortega, la madre de Baldomero, Alberto, Daniel e Ignacio, la cual, además, despachaba en su cocina, alcagüetas y garbanzos tostados los domingos por la tarde. O sea que la calle no estaba falta de carne ni de carpinterías que tenía otras tres o cuatro, la de Magdalena, la del padre de Primitivo Olivares, la de Enriquillo, la carretería del rincón del Calero y la tonelería de Marcos, una imprenta y dos fraguas etc. Luego la calle tenía bien aprovechado el paso hacia la plaza y un buen escaparate para las mozas que se sentaban en las puertas para ver pasar a la gente y que las vieran a ellas, ampliamente protegidas por sus grandes mandilones.

Enriquillo —Enriquillo Castellanos— fue el predecesor en su tienda, de los Alaminos, padre e hijo ya fallecidos. Se parecía a Saturio, pero más bajo y regordete y con un bigote jaro que le daba carácter, como los anchos pantalones de pana clara. Era hermano de Félix, el zapatero del otro boquete, el de las cordeleras hermanas de Carlitos, hombre estoico, muy fumador y toseador que aguantó inalterable varios años, el desprendimiento de enormes piedras de la iglesia y por último el derrumbamiento de la torre, sin quitarse el ir a pie. Era el padre de la Lucía que se casó con el cojo de la carne, aunque tenía varios hijos más, pero el que seguía a la Lucía era Manolo el camarero. Félix era algo más desarrollado que Enriquillo y este algo parecido a Saturio pero de menos estatura, que ya es decir.

El General era bajo y delgado, parecido al General Weiler, sólo que menos arrugado y encogido, porque don Valeriano era una figura simiesca, propiamente un mono.

Lo de llamarle Larilla, aunque le pegara, era un detalle de exoneración típica y muy general en Alcázar donde no hace falta más para saber por donde viene la herencia biológica de Emiliete en cuya fisonomía, solo lo sumido de la boca es de su padre, el Alcalde cooptado de Estrella en las alternativas de la política. Su casa era de las más abajo de la de Churripitos y que ahora ocupa Jesús Cano, pero entera y con el patio más luminoso que he conocido en el pueblo. Emiliete que cuidaba de ella, le decía la del tío Juan José y véase por donde Emiliete se casó de segundas con una de Churripitos, de la familia de mi padre aunque no sé por qué línea, pero Larilla aunque sus paisanos trataran de quitarle altura a la poca que por sí tenía, salió como soldado voluntario y se hizo general a fuerza de pelear, cosa que no se logra "magao" como Santicos en las covachas de la cerca del Marqués de Mudela.

El patio de Larilla era el más luminoso que he visto en el pueblo cuando le caía el sol perpendicular desde media mañana hasta la siesta. ¡Qué claridad de patio! en la más espléndida austeridad y sencillez de líneas arquitectónicas. Debía parecerse a algún estilo de la manigua cubana ignorado aquí.

Frente a los Ortigas de las alcagüetas vivía Alejo Fernández de chico,

cuya madre era Golilala y también Cándido Villajos cuando se subió por aquí desde la calle de San Juan.

Entre el tío Medior y Olivares el carpintero, vendían telas las Braulias, con carro al camino y unos hombres como el pan de buenos y más alegres que unas castañuelas, Rafael y Fulgencio. Mujeres de excelente carácter y muy hechas al comercio de tejidos, superdotadas para el mostrador que hacían tienda de toda la casa.

No faltó en la calle el genio alegre de Ulpiano y Saborido que sin grandes comilonas allí, encontraban la mesa puesta en cualquier casa y se reían muchísimo sin hacerle ascos a nada, porque la calle era rica en ilusión y fantasía de punta a punta y podía sacarse de cualquier puchero un gran melendrán de tocino como decía el hermano de Atanasio, razón y fundamento del visiteo diario de los frailes al taller de Magdaleno para tomar las once que es una hora y una cuestión que no se le olvida a nadie nunca aunque no siempre se lo gre satisfacer.

El tío espejero vino a regularizar las relaciones de la vecindad porque yo no sé las veces que subiría diariamente a visitar a su amigo el padre de pelos de oro, conocido ebanista de la calle Ancha con el que regaba las macetas cada dos por tres.

Estaban también en esta calle la gran mansión de doña Flor, la del tonto, la casa de la Niña, modelo de casa manchega. Lo de Cantalejo, la Jabonería de Pozo, el suegro de Medicina y la Escuela del Cojito para que no le faltara detalle, aunque La Equidad y las casas de Boronat le cambiaron mucho el aire pero no es extraño que las mozas tuvieran esos rasgos de opulencia que aún hoy causan verdadera admiración.

La calle que criaba estas mocetonas, la cruzaba yo a diario para ir a la escuela y ahora me parece que no eran tan grandonas, a pesar de que a muchas las seguí tratando hasta su muerte que es una de las satisfacciones íntimas de mi vida, haber seguido mercediendo hasta el fin la confianza natural y franca de la pubertad.

Claro que estaba allí también la Paca de Requena y las Palmeras, que échate. Y por entonces murió Pepe Palmero, el hermano de Hipólito que vivían en la casa de Boronat que pega en la de doña Flor y que iba conmigo a la escuela, recién venidos a Alcázar, tiempo por el que falleció la hermana de Angel Puebla a la que recuerdo como un angel vestido de blanco en la misma habitación que Angel tocaba el piano.

Después de estos episodios pero por el mismo tiempo ocurrió el inexplicable suceso de la tía Negrita al salir de la novena de Jesús y dejó el barrio ensombrecido para mucho tiempo, hasta que el mucho y prolongado ruido de la boda del Calero con la Mariana, devolvió a la calle su habitual alegría, pues la calle, como todo, tiene esos cambios y altibajos.

El Bastón del Médico

Hace tiempo que el uso del bastón decayó casi totalmente relegado a las personas impedidas que echaban de menos una tercera pierna, pero antes era muy general y la figura del médico no la concebía nadie sin él, incluso los que vestían de levita y sombrero de copa a diario. Es decir, éstos menos, porque era complemento de su figura.

Los coches, primero los de caballos y después los de motor, influyeron mucho en el abandono del bastón, hasta en los pueblos cuyos médicos fueron acabando con los coches de caballos desechados de las capitales.

Nosotros los que más recordamos son los de aquí y los de Madrid, siendo la figura de Cajal una de las más típicas y seguras de todas las mañanas. Como vivía enfrente de San Carlos, se cruzaba andando, con sombrero flexible, abrigo negro y chaqueta desabrochados, pero embozado con tapabocas del mismo color y garrota en la mano derecha, similar a la que usaba aquí Don Gonzalo toda la vida, de nudos y resistente, aunque algo más delgada la de Don Santiago.

Un médico muy bastonero, muy popular y muy político de aquel barrio, lo fue Don Toribio Fernández. Y bien alhajado, que fue un detalle que resaltaba en la mayoría de las maniobras exploratorias y comentaban las familias y las vecinas que asistían a ellas y las relacionaban con la categoría profesional del galeno, detalle del que no se vió libre nuestro Don Policarpo, vecino de aquel paraje.

Las tartanas fueron un duro golpe para los bastones y puedo decir que Don Magdaleno, desde que echó aquel caballo blanco que cuidaba como a un hijo, dejó el bastón y sólo lo usaba alguna que otra tarde para ir al casino y siempre sin apoyarse en él.

Don Manuel Manzaneque hacía lo mismo a pesar de ser hemipléjico. Y también Bonardell en las tardes de verano al pasar la segunda visita a los graves.

Don Román Olivares era el más bastonero y no lo soltaba ni para recetar que se lo metía en el sobaco izquierdo con la mano del mismo lado, en la que sostenía la cartera gorda de bolsillo, repleta de octavillas de papel de barba.

Don Leoncio Raboso no lo soltaba ni para tomar el sol en la puerta de su casa, paseando la fachada de punta a punta para aprovechar el sol que le entraba por la calle de la Feria desde las primeras horas.

Don Enrique Fernández, elegante y fino tampoco hacía mucho uso de él a las horas del trabajo y lo solía llevar en el brazo como Don Mariano.

Los demás médicos conocidos vivieron fuera de esa costumbre y no lo usaron nunca, pero quién sabe si a alguno le fallará la pata y echará mano de la tercera, porque con el tiempo todo pasa.

Lo de entrarse el bastón en el sobaco era inevitable teniendo que recetar de pie y muchas veces en la calle, igual que entrárselo entre las piernas

estando sentado al pie de la cama en las casas que antiguamente le tenían preparado recado de escribir, papel, pluma y tintero de mojar, sobre una mesa de las de servicio como la del comedor o la camilla de calentarse y la palangana para que se lavara antes de concentrarse para componer la fórmula magistral que el señor farmacéutico confeccionaría en su oficina según arte para tomar a cucharadas cada tres horas, salvo que el enfermo estuviera dormido que se respetaría su descanso.

Y el médico salía jugando el bastón y pronunciando palabras poco inteligibles de las cuales las mujeres deducen que no van a hacer más que la mitad de la receta no sea que pase algo y que todo se quede sobre la cómoda.

Retornos

Cuando las enfermedades infecciosas originaban tantas muertes juveniles, en muchas casas se daba el curioso fenómeno de que los hermanos que se dispersaron en su juventud, generalmente por los casorios, se volvieron a juntar otra vez por muerte de los cónyuges todavía jóvenes.

Este retorno al hogar paterno y su reconstrucción sucedía más entre las mujeres que entre los hombres pero no se excluía ninguna posibilidad y otra vez vuelve a funcionar la casa con el nombre o el mote del padre. Si la gente lo estimara como sería menester, se emplearía siempre el mote que es lo más permanente, fijo y claro, inconfundible.

Algunas veces, pero esto sin enviudar todos, alcanzaron nombres muy expresivos, como las Cristas que conocí y traté mucho en la Castelar y en la calle de la Victoria donde vivía Paulino, el mayor. Las Ministrillas en la Plaza como hijas del alguacil al que antiguamente llamaban MINISTRO. Qué modos más extraordinarios, ¡eh, muchachas!. Las Saminonas, las Tocinillas, las Carabinas, las Cárdenas, las Bailarinas, las Canteras, las Morachas, las Monas, LAS PELAS, las Cominas, las del Cojero, las Boteras. Otras conservan sus nombres unidos por el mote. La Eusebia, la Eulogia y la Rumalda del Dano, las Timbulinas, LAS PANCHARRAS, las Conitas, las Zurrantas, las Láureas, las Bolas, las Lilleras, las Mudillas, las Cachorras, las Locas, las de Mocho, las Correillas, las Braulias, las de Canillas, las Periquillas, las de Madrid y las de Cartagena, las Moritas, las del Mierdón, mis parientas, las de Cagahorchatas y muchísimas más que harían esta lista interminable porque es el alma propiamente alcazareña la que late en ellas y bien puesta de manifiesto las muchas veces que se producen estos cambios inesperados.

SUCEDIDO

Murió uno que estaba lleno de trampas y al ponerle la lápida fue el marmolista a preguntar a la viuda como quería las letras.

—Letras, exclamó la mujer, ni una, la quiero lisa.

COPLILLAS

Don Julio Maroto, que también quitéo en su tiempo, nos recuerda algunos cantarillos de la época de Estrella.
Y un Epitafio puesto el año de mi nacimiento.

*Ya se van los quintos madre
y se llevan a mi amor
Ya no tengo quien me compre
caramelos "Campeón"*

*Subo por la calle Resa
bajo por la Castelar
lo primero que me encuentro
son las tabernas "cerrás".*

*Ya se van los quintos madre
ya se va mi amado Pepe
ya no tengo quien me traiga
horquillas para el rodete.*

*Viva las chicas de Alcázar
mira que guapas que son
los quintos del treinta y tres
las quieren de corazón*

*No siento ir a Melilla,
ni pasar por el Estrecho,
lo que siento es mi morena
que se queda de barbecho.*

*Subo por la calle Resa,
bajo por la Castelar,
derecho al Ayuntamiento
que me van a sortear.*

E P I T A F I O

Existe en el Cementerio un epitafio que dice:

"Aquí yacen los restos del infortunado maquinista Bernardo Lavisiere Perea que falleció a los 42 años de edad víctima del trabajo en la siniestra catástrofe acaecida el 2 de enero de 1892, entre las estaciones de Emperador y Malagón.

El Capitán de un barco no deja el timón aunque la nave se hunda irremisiblemente. El maquinista también perece en los accidentes con la mano en el regulador, como le pasó a Bernardo que e. p. d.

A Don Rafael Mazuecos

*Si una pena le destroza el alma
y siente que le anega la tristeza,
su misión de curar a los que sufren
será su gran alivio y recompensa.*

*Vuelva sus ojos al camino andado
que ahora observa con pena,
y verá que todas sus angustias
van unidas a todas las ajenas.*

*Ya sé que ésto tampoco es un consuelo
y seguir adelante le amedrenta,
porque el camino a andar es muy penoso
y tiene mucho más a lo que espera.*

*Pero con fe se aviva la esperanza,
y dando amor despiertan las conciencias
y aunque penosa sea la andadura
será feliz al terminar la senda.*

Mary L. de Maestre,

ZARAGOZA

La Escuela de Palacio



Esta fotografía de la escuela de Higinio Engalgaliébres, en el año 1931, ofrece la particularidad de que aunque emancipado del señor Bernardo, todavía está joven, pero calvo ya, que es lo que enseña a favor de los 25 chicos que le acompañan.

Fila superior, de izquierda a derecha: Jose Mateu Calatayud (Sinse), Transportista. Alfonso Ortiz (Moco lindo), Ferroviario. Angel Castellanos Barrios (Castaña), Ferroviario. José Pérez (Molinerillo), Ferroviario. Procopio Alvarez (El Cojete), Guarnicionero. Angesor Molina, fallecido muy joven. José María Rivas Valero (El poeta), Ferroviario, don Higinio Fernández (El maestro).

Fila central: Antonio Martín (El Vizco), Guardia Civil. Teodomiro Panadero (Agricultor). Eutimio Rivas Ubeda (Albañil). Bernardo Campo (Industrial). Eugenio Muñoz (Nieto de la Juanaca), Administrativo. Francisco Rivas (Empleado de Cine). Alberto Rivas Valero (hermano del poeta), Ferroviario. Basilio Arias (El Garbancero), Industrial. Fernández (hijo del Guardia Municipal, Gallina).

Sentados: Abrahán Martín (Empleado en "Devis" y fallecido en accidente de trabajo). Angel Panadero (nieto del Maestro), Ferroviario. Ludivino Zarco (Empleado de Banco). Ovidio Zarco (Empleado de Banco), Mínguez (Empleado en "Precón". Elcderico Mínguez (hermano del anterior), Ferroviario. Reyes Quirós (El Majo), Agricultor. Francisco Rivas Valero (hermano del poeta), Albañil. Constantino Lorente (hijo de la Paca la Reina), Ferroviario. Nicéforo Castellanos (Castaña), Ferroviario.

Como anécdota diremos que, ninguno gastaba zapatos en aquella época. los que podían usarlos, no asistían a estos colegios.

El señalado con un aspa, es quien ha facilitado la foto y la explicación, el poeta Rivas Valero.



Para que recuerde a una paisana

A don Rafael Mazuecos
yo le quisiera decir
pero no encuentro palabras
para poderlo escribir.

Es hombre de gran valía
y con un gran corazón
ha puesto años de vida
en su hermosa profesión.

Con amor anima a todos
al enfermo o familiar
y quedan tan satisfechos
aunque el enfermo esté mal.

Ha sido hombre incansable
caminando allá y acá
recordando las costumbres
que tienen en el lugar

Y recuerda tantas cosas
de aquellos tiempos hermosos
que aunque ya tiene más años
no tiene ningún reposo.

Y recoge los recuerdos
que parecen olvidados
todo lo escribe en sus libros
y ríen al recordarlo.

Hace años que ya falto
y casi a nadie conozco
más me dicen es fulano
yo recuerdo y me congojo.

Así que siga escribiendo
dando al pueblo gran humor
y Dios les dé larga vida
lo digo de corazón.

Y cuando ya Dios le llame
para esa eternidad
seguro que los de Alcázar
no le podrán olvidar.

Dios le acogerá en su seno
y escribirá para El
con su alma de poeta
que así sea, don Rafael.

*Con afecto,
SEVE MOYA
Madrid.*

A quien admiro y respeto

Hay en mi pueblo un vecino
que yo no sé definirlo,
¡qué es Cirujano, está claro!
pero tiene otras facetas
que muchos siendo poetas
ya quisieran igualarlo.

¡Hombre de gran corazón!
de los que hablan con razón,
de los que dicen verdades,
desprecia la hipocresía
repudia la felonía,
no admite mediocridades.

Historiador de su tierra
a la que quiere y venera,
como admirable es su gente,
él cuenta lo sucedido
a los hijos del amigo
del convecino o pariente.

La idiosincrasia alcazareña,
él conoce y no desdeña;
y orgulloso de su cuna,
como todo bien nacido
ama y respeta su nido
donde enraizó su Alcornia.

Cocinero antes que fraile,
según dichos y refranes
legos hay que en la cocina
saben más que los Abades,
que sin llegar a ser "padres"
el que no sabe adivina.

Así desde su Atalaya,
que en buena hora el halla,
los datos que recopila
los moldea con su estilo
y ese gracejo divino
que cuenta su propia vida.

Mazuecos Pérez-Pastor,
don Rafael, el doctor,
"pa los del pueblo, Rufao"
porque esto del paisanaje,
no menosprecia el linaje
pero naces "Bautizao"

Mariano MONTALVO CORTES



Colegios Inolvidables

Es raro que en una escuela tan concurrida como la de los frailes Trinitarios no hayamos visto hasta ahora ninguna fotografía y que esta primera lo haga por partida doble, de manos de don Julio Maroto que ya era profesor e hizo en ella sus primeras armas y de Juan de Dios Mazuecos, el hijo de Blas el Basto como alumno, todos dignos de pasar a estos recuerdos.

La relación de los fotografiados es como sigue:

Primera fila: Angel Raboso, Desiderio Mínguez Castillo, Angel Zarca Ruiz, Pedro Sánchez Pradillo, no identificado, Manuel Mínguez Castellanos, Francisco Alaminos Angora, Domingo Pliego Guzmán, José Sánchez Carrasco, Antonio Redondo Huertas, Enrique Manzaneque Lorenzo Cárdenas.

Segunda fila. Rvdo. P. Antonio, no identificado, Bernardo Sánchez Mateos Vela, no identificado, José Meco, Francisco del Hoyo Correas, Jesús Casero Bonardell, Rvdo. P. Félix, Antonio Cenjor Pliego, Inocente Monreal Escribano, Juan de Dios Mazuecos Lagos, José Alonso Aragonés, Antonio Ramírez, Angel Parra Minaya, Práxedes Campo, Rvdo. P. Heliodoro.

Tercera fila: Eugenio Moraleda, Manuel Olivares, Ignacio Montalvo, Fortunato Rodríguez Montoya, no identificado, Edmundo de Miguel Castellanos, Domingo Comino Sierra, Vicente del Valle Barrilero, Angel Monreal Escribano, Jesús Muñoz José Reyes Conesa.

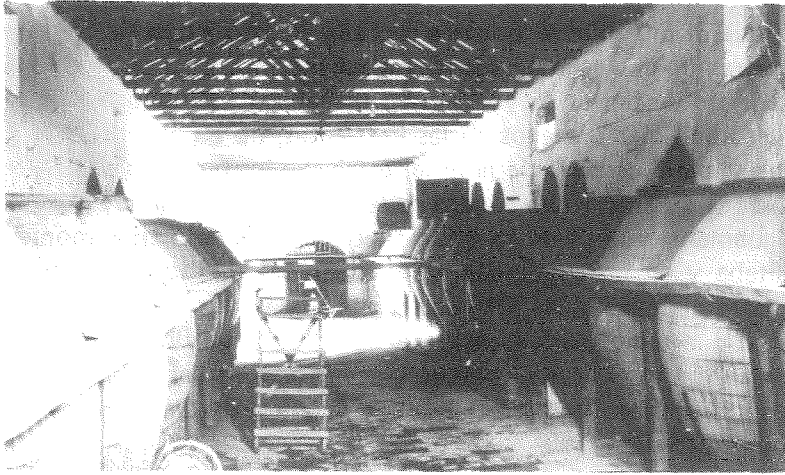
Cuarta fila: Jesús Sánchez Laguna, Cándido García, Alvaro Morano, Juan Antonio Alhambra, Manuel Montarroso Quintanar, Francisco Barajas, Sebastián Fernández Pacheco, Félix Ortiz Huertas, Luis Carrero Espinosa, Fructuoso López Quintanilla, Pedro López, Jesús Lucas Izquierdo, Sebastián Huertas, Tomás López Mazuecos, no identificado Rvdo. P. Melchor.

Quinta fila: Antonio Zarca Ruiz, Eduardo Olivares, Francisco del Valle Barrilero, Ricardo del Valle Barrilero, Angel Sánchez Pradillo, Lorenzo Pliego Guzmán, Alberto Alhambra Brunner, Basilio Comino Sierra, Manuel Iniesta, Alfonso Contreras Egea, Antonio Conde Faba, Antonio Cárdenas y Pedro Pérez Mínguez.

Bodega de La Espada

Me la ha recordado y hecho presente Fulgencio Pozo, de gran tradición vinatera, hijo del corredor del mismo nombre de la cuadrilla de los Estrellas.

Se trata de una bodega que alcanzó gran nombradía y se la ve insignifi-



cante, tanto por el conjunto como por la irregularidad de los envases y su distribución.

Se supone que la razón de su existencia fuera el agrupamiento de algunos militares que tuvieran aquí su servicio, como ha pasado varias veces y que se unieran para hacer vino, como también ha sucedido a otros, creyéndolo fácil y adecuado para ganar algún dinero fácilmente y la denominaron con el nombre del arma que antes era de uso común y diario para todos los militares: La Espada.

Aunque la bodega era pequeña tenía y tiene un gran solar y muy amparado, dentro del pueblo, al pie de la Mina para favorecer los desagües tan necesarios en toda bodega y esta debe figurar en las presentes notas como recuerdo de uno de los detalles por que pasó la industria de este ramo en la villa, siendo sede de alguna de las empresas constituidas para mejorar la explotación de las industrias vinícolas locales que nunca tuvieron gran fortuna, siendo en cambio muchas de ellas y esta misma, muy famosas por las meriendas y cenas donde recalaban las carpantas de desocupados que apenas si se recuerdan en los tiempos que corremos.

Oportunidad

Es una cualidad que necesitan las cosas y que falta muchas veces en momentos primordiales, como en los anuncios de actos públicos, festejos y fiestas de los pueblos que no echan cuentas con lo que corre el tiempo y lo que se necesita para ir a su paso.

En Alcázar, sobre todo, es frecuente que se repartan los prospectos en plena celebración de las funciones o un poco después de ellas, dando seguridad a lo que se diga que se quisiera realizar. Y esto a pesar de ser aquí muy usual el refrán de que agua pasada no mueve molino.

Tratándose de fiestas mayores cuyo mecanismo se conoce y que los programas estorban más o menos en las imprentas, no ha faltado quien se pregunte una semana después de la feria, ¿trajeron los programas?, ¿se repartieron todos?. Mirar en el suelo cuadro de la camarilla a ver si hay algunos.

Antiguamente todo esto lo solucionaba el pregonero en el momento que se necesitaba y en un santiamén, de viva voz, alertando a las gentes con el tambor, pero al prescindirse "del voz pública" como le llamaban los redichos en los presupuestos y reemplazarlo por los programas ilustrados con la tinta de imprenta, que necesitan su tiempo y por lo tanto su anticipación para prepararlos y para repartirlos, no se comprende que se empiece a hacer una obra de arte en cuatro días.

En las tardes de la feria, impulsados por anticipados aires otoñales, han volado muchas veces a grandes alturas los prospectos verdes, encarnados y amarillos anunciadores de las grandes funciones de los días anteriores, impresos por el Maestrín o por Enrique Puebla que hacían gala de los más ampulosos calificativos que ellos consideraban obligado aplicar a todo lo anunciado, funciones de circo, corridas de toros, o funciones de teatro, fueran quienes fuesen los fenómenos actuantes, pero en todo caso sensacionales.

Los vendedores en general eran los propios pregoneros de su mercancía al uso de los mercados populares de hortalizas y frutas con alguna pesca y aves de corral.

Los feriantes más avezados al asunto y de mayores recursos organizativos como los titiriteros, se preparaban su propia propaganda con charangas que recorrían la población horas antes de la función, pero el mismo día, para que no se le olvidara a la gente que había títeres por la tarde.

SUCEDIDOS

En una casa tenían un buen corral de gallinas y de cuando en cuando vendían algunos huevos. Pide una docena una compradora, los cuenta y dice:

—Te he dicho una docena.

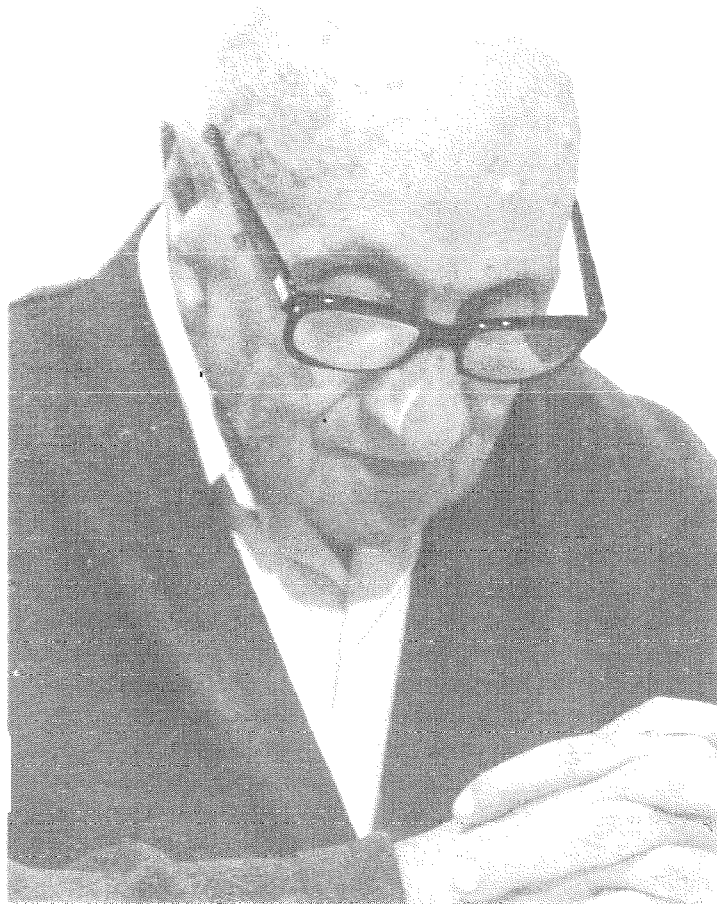
—Si lo sé, pero tanto aprietan con la economía que no entran más que once en la docena.

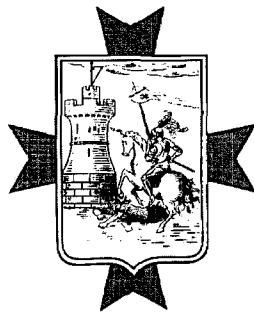
Imágenes Veraces



Voy con una cierta ilusión por el camino de la vida y en pos de la treintena noto la delgadez y la tristeza. El organismo acusa la huella del trabajo excesivo. Empieza a clarearse el pelo. Me horada la enfermedad gástrica y aumenta la pigmentación de mi color. Me veo obligado a frenar el paso, sin dejar la senda que sube al molino.

¿Pero subes o bajas? ¿No será que vas acabando con tu vida y que el amor a la cosa te aniquila?





Depósito Legal: C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alicázar de San Juan - 1985